

Predicando desde un púlpito de huesos

Necesitamos moral, pero no la moral *tradicional*

Bob Avakian

1999, Banner Press International
ISBN 0-916650-11-1, por la edición en inglés

Prefacio de la Editorial	4
Prólogo	6
Predicando desde un púlpito de huesos: Lo que no dice “Virtudes” de William Bennett	9
Acabar con el “pecado”	24
Contraportada	70

La traducción al español se tomó de www.revcom.us, y la compilaron voluntarios de www.revcom.us.

Desde la edición de este libro en inglés en 1999, quisiéramos destacar lo siguiente del sitio web www.revcom.us/es, *Revolución*, voz del Partido Comunista Revolucionario, Estados Unidos:

BOB AVAKIAN:

UN LÍDER RADICALMENTE DIFERENTE — UN MARCO COMPLETAMENTE NUEVO PARA LA EMANCIPACIÓN HUMANA

Bob Avakian (BA) es el pensador y líder político más importante en el mundo de hoy.

Bob Avakian es completamente diferente a ese sinfín de políticos burgueses los que nos presentan como “líderes”, cuyo objetivo es mantener una variedad u otra de este sistema del capitalismo-imperialismo, fundado y perpetuado por medio de la explotación cruel que literalmente roba vidas, la opresión asesina y la destrucción masiva en todas partes del mundo. BA es un revolucionario que se basa en el entendimiento científico de que hay que derrocar finalmente a este sistema mediante una lucha organizada con la participación de millones de personas, y reemplazarlo por un sistema orientado a satisfacer las necesidades más fundamentales de la humanidad y que es capaz de hacerlo, un sistema que capacite a la humanidad para convertirse en dignos guardianes de la Tierra.

Bob Avakian es el arquitecto de un marco completamente nuevo para la emancipación humana, la nueva síntesis del comunismo, a la cual se refiere popularmente como el “nuevo comunismo”.

BA es el autor de la *Constitución para la Nueva República Socialista en América del Norte*, una aplicación inspiradora del nuevo comunismo — una visión abarcadora y un plano concreto para una nueva sociedad socialista, cuyo objetivo fundamental es crear un mundo sin clases ni diferencias de clase, un mundo sin explotación y opresión y sin las divisiones y antagonismos destructivos entre las personas: un mundo comunista.

Ardea Skybreak, una científica con formación profesional en la ecología y la biología evolutiva, y una seguidora de Bob Avakian, habla de la importancia de lo que él ha desarrollado:

Bob Avakian... a partir de décadas del duro trabajo [ha venido desarrollando] un conjunto general de trabajo... la teoría para hacer avanzar la ciencia del comunismo, para hacer avanzar la ciencia de la revolución, para explicar más profundamente el origen de los problemas, qué es la estrategia para salir de esta locura, qué métodos y enfoques son necesarios para mantenerse en el camino y de hecho para construir un mundo mejor, para construir una sociedad en la que la mayoría de los seres humanos querrían vivir. (De: *Ciencia y revolución, Sobre la importancia de la ciencia y la aplicación de la ciencia a la sociedad, la nueva síntesis del comunismo y la dirección de Bob Avakian, Una Entrevista a Ardea Skybreak*)

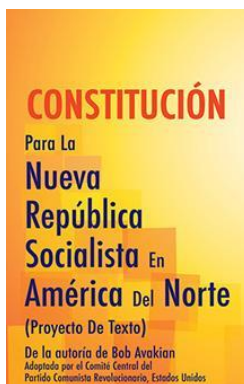
BA es un líder que está firmemente convencido, sobre la base de un método y enfoque consecuentemente científico, de que el objetivo debe ser nada menos que una revolución total, y quien al mismo tiempo ha enfatizado:

el nuevo comunismo *repudia cabalmente*, y está decidido a arrancar de raíz en el movimiento comunista, la venenosa noción, y la práctica, de que “el fin justifica los medios”. Es un principio central del nuevo comunismo que los “medios” de este movimiento tienen que provenir de (y corresponder con) los “fines” fundamentales de abolir toda explotación y opresión mediante una revolución que se dirija sobre una base científica. (De: *Breakthroughs [Abriendo brechas]: El avance histórico hecho por Marx, y el nuevo avance histórico del nuevo comunismo, Un resumen básico*)

Como un líder revolucionario, BA también encarna esta combinación poco común: alguien que ha logrado desarrollar la teoría científica de un calibre mundial, al mismo tiempo que tiene un entendimiento profundo y una conexión visceral para con los más oprimidos, y una capacidad altamente desarrollada de “desmenuzar” la teoría compleja y hacerla accesible a un amplio público.

Un líder como este nunca ha existido antes en la historia de Estados Unidos, y esta dirección es de enorme importancia para la emancipación de toda la humanidad.

Lo que urge mucho ahora es que un número de personas que crece continuamente — miles, y al final millones— se conviertan en seguidores conscientes y activos de BA, construyan el movimiento revolucionario, basado en el nuevo comunismo, al cual BA da esta dirección sin precedentes.



BA es el autor de la *Constitución para la Nueva República Socialista en América del Norte*, una aplicación inspiradora del nuevo comunismo — una visión abarcadora y un plano concreto para una nueva sociedad socialista, cuyo objetivo fundamental es crear un mundo sin clases ni diferencias de clase, un mundo sin explotación y opresión y sin las divisiones y antagonismos destructivos entre las personas: un mundo comunista.

Fuente: <https://revcom.us/es/a/633/bob-avakian-un-lider-radicalmente-diferente-es.html>

Prefacio de la Editorial

Los temas e invocaciones de la moral nos rodean. La derecha cristiana y los conservadores hablan de la “decadencia moral” de Estados Unidos y libran “guerras culturales” contra los valores sexuales, sociales y políticos antiorden de los años 1960. Bombardean a la juventud con llamados a la “moral tradicional”. Una crisis de la presidencia se caracteriza por tácticas inquisitoriales y códigos morales puritanos. En la sociedad estadounidense, se debate y se discute la moral y hay mucho en juego.

En el *Prólogo* del libro, Bob Avakian señala: “Por cualquier lado que se mire, no cabe duda de que en la actualidad hay lo que se podría llamar una ‘crisis moral en Estados Unidos’. Ha habido un considerable ‘derrumbamiento de la moral tradicional’. Pero la respuesta a esto, si se piensa en lo que más le conviene a la gran mayoría de la población de Estados Unidos y a la gran mayoría de la humanidad, no es reafirmar agresivamente esa ‘moral tradicional’, sino conseguir que la humanidad encarne una moral radicalmente diferente, a medida que vaya transformando radicalmente la sociedad y el mundo”.

Con su perspectiva única de revolucionario maoísta, Avakian lleva un tiempo explorando importantes cuestiones en torno a la religión y la moral y su papel en la sociedad y la historia. Ha escrito sobre los textos judeocristianos e islámicos y descubierto las opresivas relaciones sociales que defienden y refuerzan. Ha examinado el “creacionismo”, el fundamentalismo cristiano y otros fenómenos de hoy y las fuerzas ideológicas y políticas generales a que obedecen. Como materialista marxista, aborda lo que se llama el “impulso religioso” de la humanidad. Ha escrito sobre la religión en el socialismo y el objetivo a largo plazo de librarse de los grilletes de las creencias religiosas. Con su estilo típicamente polémico, advierte el peligro de que el marxismo se convierta en una “religión de Estado”.

En los últimos años, ha estudiado más a fondo la cuestión de la moral analizando los factores políticos, sociales y económicos que sustentan la cruzada de “valores tradicionales” y los llamados “valores familiares” en Estados Unidos. Es más, ha argumentado por una alternativa radical a la moral tradicional. Tal moral comunista, sostiene, es indispensable para guiar e inspirar la lucha por transformar al mundo y las relaciones sociales, políticas y económicas y la esfera de ideas y valores.

Escribió los dos ensayos de *Predicando desde un púlpito de huesos* en 1996. En el primero, critica el libro del ideólogo conservador William Bennett titulado *El libro de las virtudes* (Javier Vergara Editor, 1995). En ese entonces, tuvo mucha vigencia su riguroso análisis de la noción de Bennett del “bien” y la agenda social que sirve. Tres años después, la derecha cristiana y las poderosas fuerzas aliadas en Estados Unidos, siendo Bennett uno de sus ideólogos intelectuales, intentaron juzgar y desbancar a un presidente en el altar de una moral cristiana fundamentalista. El ensayo de Avakian tiene una vigencia nueva y cautivante.

El segundo ensayo tiene otro enfoque. Avakian critica a fondo las tentativas de los partidarios de la teología de la liberación para forjar una política progresista basada en la ética de acuerdo a las escrituras judeocristianas. Señala las limitaciones del planteamiento. Se dice con frecuencia que abandonar el teísmo es abandonar la moral, pero en este ensayo Avakian explica por qué una moral auténticamente emancipadora por necesidad tendrá que romper con la tradición y las creencias religiosas y qué clase de moral puede ocupar el lugar de la moral religiosa.

Lanzamos los dos ensayos ahora por dos razones: para incidir en el debate y lucha sobre la “crisis moral” en Estados Unidos y para plantear principios y criterios de una moral emancipadora. Así, constituyen un reto a aquellos que quieren y buscan un camino hacia la emancipación.

abril de 1999

Prólogo

Cada año, antes y durante mis años de adolescente en Berkeley en los años 1950, fui a un retiro del Día de Trabajo (inicios de septiembre) con mi familia y otros miembros de la iglesia presbiteriana a que pertenecíamos. Entonces aceptaba la tradición religiosa con que me formaron, pues aún no la cuestionaba a fondo ni menos la rechazaba. Pero esos retiros no eran tanto experiencias religiosas sino sociales: una oportunidad de cotorrear y divertirme con otros jóvenes de mi edad. Y una oportunidad de escuchar y a veces participar en las discusiones políticas que se daban ahí, sobre todo a la hora de comer cuando todos se reunían.

Hace poco, tras las elecciones y los debates sobre la “política” y la “moral” en Estados Unidos, recordé una de esas discusiones, a veces con fuertes desacuerdos, entre demócratas (entre ellos mis padres) y republicanos, sobre la ayuda a otros países y la ayuda a los pobres en Estados Unidos. Al fin de las discusiones, mientras volvía a mi cabaña y reflexionaba sobre lo que acababa de escuchar, pregunté a mis padres, con mucha sinceridad y un genuino asombro: “¿Cómo puede ser una persona cristiana y *a la vez republicana*?”

Las posiciones conservadoras republicanas me parecían una celebración de egoísmo y corazón frío. Me inculcaron mis padres un cristianismo de compasión y generosidad. Como luego me di cuenta, también contenía algo común en los “valores de la clase media estadounidense” de los años 1950: una reverencia a un dios imaginario en el cielo y a instituciones terrenales muy poderosas y reales, una adhesión estricta a los valores y las costumbres que, si bien no pregonaban una posición egoísta y de corazón frío, celebraban y promovían un estilo de vida y unas relaciones entre las personas y entre los países en que, objetivamente, la riqueza, poder y privilegio de unos cuantos enclaves de la humanidad se basaban en la explotación y degradación más despiadada de miles de millones de personas en todo el mundo.

(Para ser justo con mis padres, en las décadas posteriores, sobre todo en los tumultuosos años 1960, cambiaron muchas de sus ideas sobre temas políticos y sociales. Aunque aún tienen creencias religiosas, éstas están imbuidas, como antes, con fuerte compasión y abarcan la lucha contra la desigualdad e injusticia social.)

De mayor importancia, he comprendido, mediante la lucha contra las divisiones sociales requete-injustas y la búsqueda de las causas subyacentes, que ninguna versión del cristianismo (ni ninguna otra religión) puede señalar el camino hacia la abolición de la agonía y la enajenación que tales divisiones causan a la gran mayoría de la humanidad. Que la “tradición judeocristiana” y los “valores tradicionales” que se basan en ella representan las *cadenas de la tradición* que apuntalan la esclavitud, la subordinación y degradación de las mujeres, la brutalidad contra niños y la matanza y saqueo de países rivales y pueblos de distintas religiones (si no me crea, lea las escrituras de su fe). Y

reformular la sociedad a partir argumentos y justificaciones basados en una visión religiosa cristiana (o de otra religión), incluso de la versión más “radical” o no convencional, quizá podrá torcer pero jamás podrá romper esas cadenas y al final éstas la modelará o (de) formará.

Por cualquier lado que se mire, no cabe duda de que en la actualidad hay lo que se podría llamar una “crisis moral en Estados Unidos”. Ha habido un considerable “derrumbamiento de la moral tradicional”. Pero la respuesta a esto, si se piensa en lo que más le conviene a la gran mayoría de la población de Estados Unidos y a la gran mayoría de la humanidad, no es reafirmar agresivamente esa “moral tradicional”, sino conseguir que la humanidad encarne una moral radicalmente diferente, a medida que vaya transformando radicalmente la sociedad y el mundo, y como algo necesario para lograrlo. No se trata de apretar las cadenas de la tradición sino de romperlas.

Lo que se necesita, con más urgencia que nunca, no es aceptar que “los pobres siempre tendréis con vosotros” ni que en el mejor de los casos, hablar de compasión y atender a los pobres; ni rechazar y a la vez disfrutar, o de una u otra manera aceptar, un sistema que opone unos contra otros en una despiadada competencia y promueve como modelos a quienes han tenido más “éxito” enriqueciéndose a expensas de los demás. Lo que se necesita es atreverse a pedir un fin a la división de la sociedad y el mundo en diferentes clases y países, una visión que apunta a elevar los seres humanos a un plano superior sin pobreza y sin bases para enriquecerse manteniendo a los demás en la pobreza y en que todo mundo puede trabajar, de manera colectiva, en pos de sus intereses comunes.

En una palabra, se necesita nada menos que la abolición del capitalismo y de los demás sistemas en que unos cuantos acaparan la riqueza y poder explotando a la gran mayoría. Se necesitan las dos “rupturas radicales” que plantea el *Manifiesto Comunista*: con las relaciones de propiedad tradicionales y con las ideas tradicionales, como los “valores” y la “moral” tradicionales. Y se necesitan forjar nuevas relaciones sociales que no se basan en las diferencias de clases y explotación sino en una moral radicalmente nueva basada en los principios de cooperación y lucha por el bien común y contra el egoísmo.

Para muchas personas, como algunos antiguos (y falsos) “radicales”, puede que suene ridículo este planteamiento a la luz del reciente hundimiento o “implosión” del bloque soviético y la misma Unión Soviética y que en la China de Mao Tsetung se ha abandonado y revocado el “modelo” de la sociedad socialista que avanzaba hacia el comunismo mediante la lucha revolucionaria y sobre el cual la propia élite dominante china y las centenarias ciudades del capitalismo han amontonado calumnias e injurias. Quieren que aceptemos todo eso, la cacareada “muerte del comunismo”. Ahora se supone que quienes nos radicalizamos en los años 1960 y quienes se han puesto en la onda de la posibilidad de una sociedad radicalmente diferente debemos reconocer que las cosas fueron muy lejos entonces y es hora de tranquilizarnos y ser realistas. Bien, no lo acepto pues no es realidad, no es verdad sino puros deseos de quienes defienden el actual orden

opresivo en el mundo y la verdad es que “los años 1960” no fueron “muy lejos” sino al contrario, no fueron *lo suficientemente lejos*. Si lo hubieran hecho, hoy nadie tendría que escuchar a Newt Gingrich, Jesse Helm, Rush Limbaugh y los demás de su ralea ni a sus “adversarios” del Partido Demócrata con sus dudas hipócritas y enmiendas mezquinas, sus convenios en rivalidad con el Contrato de los republicanos.

He tratado la experiencia y las lecciones de la revolución socialista en el siglo 20 en otros escritos. En estos ensayos, propongo tratar una necesidad urgente y específica: hacer oír una voz radical y de hecho, revolucionaria, de oposición a la cruzada muy consciente por la “moral tradicional”, de ilustrar que esta “moral” es y siempre ha sido una defensa de la opresión más horrorosa, a cuáles fuerzas e intereses sirve este afán “moral” y por qué se machaca tanto este afán hoy día; que el trabajo para forjar una alternativa que no rompe con la misma tradición moral-religiosa está destinado al fracaso; y que los principios comunistas y su manifestación como moral comunista constituyen la única alternativa real, que la humanidad puede forjar un futuro mucho mejor con la guía de estos principios y moral sin la esclavizante tradición de las creencias y la sumisión a la autoridad religiosa y doctrina religiosa de toda clase.

Abriré la discusión con *El libro de las virtudes* de William Bennett, que ha tenido una amplia influencia y cuya influencia es tan nociva como se dice virtuosa. Luego, exploraré unos puntos importantes del libro *The Soul of Politics* (El alma de la política) de Jim Wallis, director fundador de la revista *Sojourners*. Wallis es un activista católico asociado en líneas generales con lo que se llama la “teología de la liberación” y procura colocarse por encima de la ideología conservadora y liberal y a la vez combinar lo que considera los mejores elementos de ella, para forjar una “política [basada en la religión] que nos ofrece algo que no hemos tenido desde hace mucho tiempo: una visión de transformación”. Por último, trataré directamente el papel de la moral en la sociedad, qué es la moral comunista, en qué se basa, cómo se difiere radicalmente de las demás morales, a qué fuerzas e intereses sirve, puede satisfacer las necesidades materiales así como las “necesidades espirituales” de los seres humanos, y es realizable su visión.

Predicando desde un púlpito de huesos: Lo que no dice “Virtudes” de William Bennett O, necesitamos moral, pero no la moral *tradicional*

Para sorpresa mía, la primera impresión que tuve al hojear *El libro de las virtudes* de William Bennett es que parecía bastante inocuo. Al fin y al cabo, Bennett ha sido uno de los jinetes de la Brigada Derechista; fue funcionario en las administraciones de Reagan y de Bush, libró una guerra contra los pobres bajo el pretexto de la “guerra contra la droga” y la “guerra contra el crimen”, y atacó agresivamente todo abandono de las tradiciones en la educación y en general. Conseguí el libro porque ha sido uno de los libros más vendidos en Estados Unidos y una de las puntas de lanza de una ofensiva cultural e ideológica de alto nivel que propaga “la vida tradicional norteamericana” y los “valores tradicionales”. Pero *Virtudes* no es una proclamación chillona de principios “conservadores”, sino más bien una recopilación ecléctica de cuentos de hadas y fábulas, discursos, cuentos, poemas, pasajes de novelas, ensayos, diálogos, homilías, etc., etc.

Sin embargo, como se dice, las primeras impresiones pueden engañar. *Virtudes* no es inocuo sino insidioso, y la impresión de ser inocuo le ayuda a ocultar lo insidioso que es. Empieza diciendo que se “propone contribuir a la venerable tarea de la educación moral de la juventud. . . de forjar el corazón y la mente para lo bueno”. Ahí mismo, crea la impresión de que hay una definición de lo “bueno”, con la cual todos podemos, o debemos, estar de acuerdo; que lo BUENO ha existido eternamente tal como existe hoy y como siempre será. Con eso, quiere tapar el hecho de que él tiene una “agenda” y que su noción de lo “bueno” corresponde a la cosmovisión y los intereses de una clase específica, una clase que amasa enormes riquezas y que gobierna explotando y oprimiendo.

Bennett profundiza el engaño al construir su modelo de lo “bueno” con cualidades que, si bien tienen un contenido de clase, él las presenta como si fueran “virtudes” universales. Por ejemplo, en la “Introducción” nos dice: “La gran mayoría de los norteamericanos sienten respeto por ciertos rasgos de personalidad: honradez, compasión, valentía y perseverancia”. Luego organiza el libro en capítulos dedicados a esas y otras seis cualidades: autodisciplina, responsabilidad, amistad, trabajo, lealtad y fe. Con la posible excepción de la última (dependiendo de si se refiere a “fe” ciega, a una creencia incuestionable, como la fe religiosa, o a creencias profundas pero basadas en la realidad material), de ninguna manera me voy a oponer a esas cualidades generales, y pocos lo harían. La pregunta es: ¿cuál es el *contenido* que se les da a esas cualidades y cuál es el *contexto* en que existen?

Tomemos como ejemplo la “perseverancia”. En las *Obras escogidas* de Mao Tsetung hay un comentario sobre una fábula china tradicional que se llama “El viejo tonto que removió las montañas”. La fábula cuenta que un anciano llevó a sus hijos a remover con

azadones dos montañas. A pesar de las dificultades y la burla, el anciano persistió, dijo que si él no lo lograra, sus hijos y futuras generaciones continuarían cavando las montañas hasta removerlas. Finalmente, dios, conmovido ante eso, removió ambas montañas. Mao aplicó esta fábula a la guerra revolucionaria para tumbar las “montañas” que oprimían al pueblo chino; dijo que los revolucionarios eran como el viejo tonto y que dios era las masas populares que se unirían a los revolucionarios para remover las “montañas”; por lo tanto, los combatientes revolucionarios deberían perseverar. ¡Algo me hace pensar que ésa no es la lección que William Bennett tenía en mente!

Veamos otro ejemplo, el “trabajo”, otra de sus “virtudes”. Una de las cosas interesantes que Mel Watkins menciona en su libro *On the Real Side* (un estudio del humor afroamericano desde la esclavitud hasta el presente) es que una forma popular de humor de los esclavos eran chistes sobre cómo evitar trabajar siendo más vivos que el amo. ¿Debemos pensar que esos esclavos no eran “virtuosos”; o que las masas negras que se identifican con esa forma de resistencia no tienen una “ética de trabajo” apropiada?

Bennett toma precauciones. Por ejemplo, en sus palabras de introducción del capítulo sobre “Compasión”, incluye una advertencia sobre “los ‘ismos’ divisivos. . . el racismo, el sexismo, el chovinismo y demás”. Pero, veremos, tales palabras no pesan en el contexto general del libro y los “valores” que promueve. En el libro en general, intenta incluir selecciones de una amplia gama de autores y puntos de vista. . . no sólo los acostumbrados llamados a obedecer a dios y al país sino el discurso de 1852 de Frederick Douglass, ex esclavo, en que denuncia fuertemente la celebración de la independencia y libertad de Estados Unidos del 4 de julio mientras aún había millones de esclavos.

De nuevo, Bennett incluye una selección ecléctica de materiales en “Virtudes”, si bien tiene una “amplitud” limitada. Como señalé, a Bennett no le interesa incluir pasajes de los escritos de Mao Tsetung. No obstante, en medio del eclecticismo, surge un punto de vista claro. Pese a las trivialidades de Bennett de estar en contra del “racismo, el sexismo, el chovinismo y demás”, los “valores tradicionales” y la “moral tradicional” que defiende en “Virtudes” *se fundamentan* en los hechos en la explotación de la esclavitud, la supremacía blanca, la opresión patriarcal de las mujeres, la rivalidad con otros países y la dominación de los mismos. . . y así sucesivamente.

En algunos casos, Bennett proclama más o menos abiertamente su punto de vista reaccionario. De otro lado, a veces lo propaga con sutileza o de forma subterránea. Por ejemplo, promueve a varias “autoridades” cuya vida y obra son monumentos a la opresión, tales como Aristóteles, Platón, el Moisés y el Pablo de la *Biblia*, Colón y George Washington y Thomas Jefferson. Todos ellos defendieron relaciones e instituciones opresivas, como la esclavitud. En la “Introducción” de *El libro de las virtudes*, Bennett habla de la “educación moral” de la juventud diciendo: “Aristóteles escribió que importan muchísimo los buenos hábitos que se adquieren de joven”. Más adelante, presenta pasajes de Aristóteles en que habla de autodisciplina, justicia, amistad

y felicidad. Bennett no dice que Aristóteles escribió (por ejemplo, en *La política*) que el “ideal” era que fueran los esclavos quienes trabajaran la tierra y que los conceptos de *felicidad* y de elección no se aplican a los esclavos ni a los animales. Bennett no dice que las ideas de Aristóteles sobre la esclavitud eran una importante arma ideológica que usaron los defensores de la esclavitud en el Sur estadounidense. Y la defensa de la esclavitud de Aristóteles concuerda con sus ideas de justicia y otras “virtudes”. Si los jóvenes que recurren a *El libro de las virtudes* para una “educación moral” buscaran orientarse más en Aristóteles, ¿qué influencia tendría en ellos?

Asimismo, si George Washington fuera un modelo de honradez y “civilidad” y no de cruel opresión (Bennett incluye el cuento del joven George Washington que admite que tumbó el cerezo pero no el cuento del esclavista George Washington que una vez canjeó un barril de melaza por un esclavo), ¿cuáles valores y prioridades fomentaría “Virtudes”? ¿Qué significa que incluye la denuncia de Frederick Douglass de la esclavitud en Estados Unidos si el mismo libro promueve como gran hombre a George Washington, cuya riqueza y posición se fundaron en la esclavitud?

Puede que se objete que hay que ver las figuras históricas en el contexto de sus propios tiempos y no juzgarlos por los criterios de hoy. Eso tiene algo de verdad pero, aparte de que hasta en el contexto de sus propios tiempos es necesario denunciar a muchas figuras históricas que presenta Bennett como modelos, el quid es que Bennett promueve las obras de estas personas, o ciertas partes selectas de sus obras, como cimientos de una “educación moral” *en el mundo de hoy*, a la vez que dice que son representativas de “virtudes” eternas y universales.

Otra complicación es que muchos autores y textos en que se apoya Bennett son tan aceptados en la cultura dominante y el “conocimiento convencional” de países como Estados Unidos, pues tienen tanto peso de la tradición y de la fuerza de la costumbre, que se oculta lo que representan y significan *en los hechos*. (Por ejemplo, en muchas ocasiones he conocido a personas que son lectores asiduos y devotos de la *Biblia* que se han asombrado con incredulidad cuando he señalado lo que en los hechos describe o defiende la *Biblia* que leen “a ciegas” con tanta frecuencia.) Por ende, para descubrir la esencia y el efecto de “Virtudes” de Bennett y la realidad y el propósito subyacentes, es necesario dar un paso atrás para verlo con mayor perspectiva y examinar con mayor detenimiento algunos ejemplos típicos.

“Los niños pueden estar presentes pero no pueden opinar”. ¿De verdad queremos volver a eso?! Bennett, al parecer, sí, pues entre sus selecciones del primer capítulo de “Virtudes” (“Autodisciplina”) figura un poema, “Reglas para los pequeños a la hora de comer” en que este dicho y todo lo que representa es el mensaje central. No es una aberración. De principio a fin del capítulo, se fija el modelo para los niños: sumisos, obedientes y callados ante los padres y la autoridad. Y hay más: los niños que no obedecen esos criterios recibirán un severo castigo o encontrarán una suerte cruel. El

libro incluye esta advertencia en algunas dulces rimas socarronas y para reforzar la idea, la introducción a una rima asume un tono ominoso, con una fuerte advertencia:

“enfrentamos un hecho de la vida inevitable: si no podemos controlar nuestra propia conducta, con el tiempo alguien vendrá a controlarla por nosotros de una forma que probablemente no sea de nuestro agrado”. ¡Disciplínese o algún poder superior lo hará, con graves consecuencias!

Bennett lleva años vociferando que un gran problema en Estados Unidos, y la principal causa de la epidemia de drogas y crimen, es que hoy no se enseña a muchos niños a “creer en Dios”, que se han alejado de la base moral de la *Biblia* y de la “tradición judeocristiana”. Es importante señalar aquí, en el primer capítulo y en el resto de “Virtudes”, que Bennett sigue al pie de la letra esta “tradición”. Después de todo, para que los niños crezcan bien, la *Biblia* dice que hay que golpearlos. (Véase, por ejemplo, Proverbios, 23:13-14: “No rehúses la corrección al muchacho: porque si lo hirieres con vara, no morirá. Tú lo herirás con vara, y librarás su alma del infierno”.) “Lo que no aprieta, no sujeta”: ¿cuánta brutalidad contra los niños se ha motivado y justificado con esas palabras de la *Biblia*?

Y hay más. La *Biblia* dice que es necesario matar a los niños rebeldes (por ejemplo, Moisés lo decreta, según las leyes de “El Señor”, en Éxodo 21:17 y en Deuteronomio 21:18-21). (¡Sorprenden todas las cosas para las cuales la *Biblia* dicta la pena capital: rebeldía de niños, blasfemia, ser “bruja”, homosexualidad, adulterio y otras formas de “fornicación”!) ¿A cuáles partes de la “tradición judeocristiana” quiere aferrarse Bennett y si no la quiere toda, cómo se adjudica el derecho de “elegir” las partes de “la Palabra de El Señor” que quiere imponer y las que no? Que respondan él, y los demás que sostienen esta “tradición” y lamentan la desintegración de los “valores tradicionales”, a esas preguntas.

Una de las cosas esenciales que busca Bennett, es decir, uno de los principales pilares de “la tradición judeocristiana” y de los “valores tradicionales”, es imponer a la brava el patriarcado. Esto se manifiesta en los lemas “Familia” y “Valores Familiares”, tal como señala en el Viejo Testamento de la *Biblia*, en que el esposo/padre es amo de la familia y tal como Pablo en el Nuevo Testamento, de acuerdo a la misma tradición, ordena que las mujeres se sometan “a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia” (Efesios 5:22-23). No tengo suficiente espacio aquí para mencionar muchas manifestaciones grotescas del patriarcado que tiene el Viejo Testamento en que “El Señor” le adjudica el derecho a los hombres de llevarse las mujeres como botín de guerra, de violarlas y de obligarlas a ser esposas y concubinas de los conquistadores. Para quien tenga dudas o quiera investigarlo más, recomiendo el libro de Deuteronomio.)

La *Biblia* es producto de las sociedades de hace dos a cuatro mil años en que ya habían surgido las relaciones familiares patriarcales y la propiedad privada y se practicaba la

esclavitud. En los tiempos de David y Salomón, la mano de obra de los esclavos tuvo un papel importante, sobre todo en la agricultura, así como en las masivas “obras públicas, tal como la construcción de los grandes templos (al igual que en el Imperio Romano en los tiempos del Nuevo Testamento). Los hombres de las clases dominantes y acaudaladas tuvieron muchos esclavos y muchas veces muchas esposas y concubinas, e hijos, bajo su autoridad en tanto jefe del hogar. En los tiempos del Viejo Testamento, la tradición religiosa de rendir culto a Yahveh se impuso a las demás corrientes religiosas y unificó a los antiguos judíos (o israelitas) en lo que se llama hoy (en “el Occidente”) el “Medio Oriente”. Las leyes, reglas y mandamientos del Viejo Testamento reflejan estos factores.

Por ejemplo, veamos los “Diez Mandamientos” en el contexto de la “ley mosaica” de la cual forman un núcleo. El séptimo mandamiento dice que “no cometerás adulterio”, si bien la “ley mosaica” permite que un *hombre* tenga más de una esposa, en caso de que pudiera mantenerlas: no se trata de adulterio sino de *riqueza*, o más posesiones, más *mujeres como propiedad* y como *incubadoras de hijos* como *más propiedad* para el jefe masculino del hogar. Por eso, es evidente cuando el quinto mandamiento dice “honra a tu padre y a tu madre”, quiere decir que honrar y obedecer al padre en tanto jefe del hogar y dueño de todas las propiedades de él, entre ellas la esposa (o esposas) e hijos, los esclavos, los animales, etc. Se debe honrar a la madre *en su lugar*: por debajo del esposo y solamente con la autoridad que él le otorga en pos de proteger su propiedad. El décimo mandamiento ilustra este punto: entre las cosas (propiedad) de “tu prójimo” que “no codiciarás” están sus *esclavos* (“siervos” y “siervas”), buey, asno y esposa y lo que sea de “tu prójimo”. (Es interesante que Bennett no incluye en la presentación de los “Diez Mandamientos” en *El libro de las virtudes* [en el capítulo sobre “Responsabilidades”] la lista de propiedades del décimo mandamiento; sólo pone “no codiciarás”. ¿Sería que incluir a las esposas y los esclavos entre lo que claramente es propiedad de “tu prójimo” llamara mucho la atención de al menos algunos lectores de hoy?)

El sexto mandamiento, “No matarás”, ha sido tema de mucho debate y con frecuencia malas interpretaciones. A veces se cita en argumentos contra la pena capital o la guerra; por honradas que sean las intenciones en muchos casos, una detenida lectura de la *Biblia*, sobre todo los capítulos que cuentan la historia de los “Diez Mandamientos”, muestra que se prohíbe matar a menos que “La Ley” y “El Señor” digan que es justo y necesario matar. En muchos casos, la *Biblia* aprueba y recomienda matar. Ya he citado algunos ejemplos horribles, pero veamos lo siguiente: Cuando Moisés llevaba los “Diez Mandamientos” a “los hijos de Israel”, descubrió que, mientras estaba en el monte recibiendo los Mandamientos de “El Señor”, los de abajo han perdido la fe y rinden culto a un ídolo (un becerro de oro) que han confeccionado. Moisés lo destruyó (lo quemó y “lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y lo dio a beber a los hijos de Israel”. Después, llama a todos aquellos que están del lado de “El Señor” a unirse con él. . . y ¡a matar a los demás! La *Biblia* cuenta que tres mil murieron así (véase Éxodo 32:16-28). En *El libro de las virtudes*, Bennett introduce los “Diez Mandamientos” diciendo que “se puede decir que la moral occidental parte” de los “Diez Mandamientos”.

Y esas palabras expresan una gran verdad.

La “moral occidental” (de hecho, la moral dominante en todo el mundo, donde quiera que la sociedad esté dividida en clases y existan la explotación, el patriarcado y otras formas de opresión) siempre ha sido una justificación de la opresión. Si bien en una sociedad como la estadounidense de hoy ya no se defiende la esclavitud y la mujer no es literal (o jurídicamente) propiedad del hombre, de todos modos la explotación de la mano de obra, la subyugación de los negros y otras “minorías”, y la opresión de la mujer, siguen siendo aspectos integrales indispensables del sistema predominante. No extraña entonces que ante cambios que tienden a minar o trastornar el sistema (por no decir nada de desafíos directos), la clase dominante se aferre más a la autoridad de la “moral tradicional”, a la vez que afila y esgrime con más agresividad su espada represiva. Por eso es que no solo William Bennett y otros “conservadores” libran una cruzada sagrada a favor de “la familia” y los “valores familiares”: a ellos se unen en coro los demócratas y “liberales” de la clase dominante.

Sin embargo, la verdad es que en esta cruzada y en general, hoy por hoy, los “conservadores”, y no los “liberales”, tienen la iniciativa. ¿Por qué? Hay varias razones fundamentales: importantes cambios geopolíticos, en particular, la desintegración del bloque soviético y la Unión Soviética; cambios en la economía mundial (como la mayor internacionalización de la producción y de la especulación y otras actividades parasíticas del capital) ligados a cambios en la economía estadounidense, como reajustes en la composición de la fuerza de trabajo, con menos trabajos manuales; y una enorme deuda asociada con los gastos militares sin precedente de la década pasada (el costo de “ganar la guerra fría”).

Hay que ver la decadencia del liberalismo en ese amplio contexto. Por un lado, cambios económicos y sociales (como la contracción de la industria y el descenso de los sindicatos, el crecimiento de los suburbios y la fracturación de las viejas coaliciones políticas urbanas) han debilitado los tradicionales pilares sociales del pacto liberal conocido como el Nuevo Trato (New Deal). Por otro lado, intensas presiones económicas mundiales e inminentes crisis presupuestarias están causando una drástica reestructuración de los gastos gubernamentales y los programas sociales, tras años de reestructuración en el sector privado. Esta es una época de un capitalismo de menos concesiones, más golpes y más movilidad. Necesita abaratar la producción, rebajar los salarios y beneficios, y crear una fuerza de trabajo más flexible y “desechable”. Necesita recortar los programas sociales del Nuevo Trato y de la Gran Sociedad, que hoy, dicen, son una carga “improductiva”. (¿No fue el demócrata Clinton quien sacó la frase: “Eliminar el welfare tal como ha sido”?) Esos y otros factores relacionados han minado el terreno del Nuevo Trato y los programas de concesiones (la “guerra contra la pobreza”, etc.), que han sido la base de las administraciones demócratas de la sociedad capitalista en Estados Unidos.

A la vez, muchos de esos mismos factores, junto con la lucha que ha librado el movimiento de la mujer, han llevado a una situación en la que gran cantidad de mujeres no solo tienen la necesidad sino la posibilidad de trabajar fuera de la casa. A todo eso le ha acompañado una gran cantidad de trastorno y conmoción; y una de sus más importantes consecuencias es una erosión significativa, desde muchos ángulos y entre diversos sectores de la población, de la base de la familia tradicional patriarcal y los “valores familiares tradicionales” con ella asociados. Sin embargo, todos esos cambios se están dando dentro de los límites del mismo sistema, sobre las bases de relaciones económicas capitalistas.

Esa contradicción podría ser muy explosiva, y en muchos aspectos ya está estallando. Para la clase dominante es muy importante “contener” esta contradicción y no dejar que lleve a una polarización social que amenace con fracturarla. En particular, tiene que evitar aislar fundamentalmente a gran cantidad de mujeres — como profesionales y otras de la clase media — y evitar empujarlas a posiciones radicales opuestas al sistema. Al mismo tiempo, para los guardianes del sistema es indispensable reforzar las relaciones patriarcales, y ajustarlas a la realidad de la situación concreta.

Una expresión concentrada de eso es la polarización y dura lucha en torno al derecho al aborto. Es claro que la esencia del “movimiento” contra el aborto —que desde el inicio ha sido manejado desde “arriba” (y me refiero a individuos de la clase dominante y no a la inspiración de dios que le imputan)— ha sido reforzar el control patriarcal de la mujer y el papel de la mujer como incubadora. Los soldados fundamentalistas de ese “movimiento” dejan eso en claro.

Esta oración en una manifestación de la “Operación Rescate”, que citó la revista *Life* (julio 1992), es típica: “Te ruego, señor, por favor rompe la maldición del corazón de las mujeres que dicen que no necesitamos a nuestros hombres. Rompe esa independencia”. El hecho de que esa oración la dijo una mujer es un recuerdo pavoroso de la participación y del papel específico que desempeñaron no pocas mujeres en las filas de los nazis en la Alemania de Hitler (lo cual ha sido analizado por Claudia Koonz en su libro *Mothers in the Fatherland*). (Una de las más indignantes ironías de la batalla en torno al aborto es el hecho de que los reaccionarios que se oponen al aborto conjuran el espectro del holocausto para caracterizar el aborto de fetos, cuando en realidad su agenda, para la mujer y en general para la sociedad, es muy paralela a la de los fascistas hitlerianos, que atacaron el aborto (y lo restringieron y penalizaron) por ir contra el papel esencial de la mujer: la “maternidad”).

En otra dimensión, los cambios económicos y geopolíticos de Estados Unidos y el mundo han llevado a que millones de los de abajo de la sociedad en Estados Unidos, en particular los que viven en los ghettos y barrios pobres, queden excluidas más o menos permanentemente de un trabajo significativo, remunerativo, salvo en la “economía subterránea” (que se basa en gran medida en el narcotráfico y ha pasado a ser un

importante factor económico e importante empleador en todas las grandes zonas urbanas, así como en ciudades más pequeñas, pueblos e incluso zonas rurales).

Aquí también, la clase dominante se ve ante la necesidad de contener y mantener el control fundamental de la situación, y de los de abajo, así como de levantar y fortificar barreras entre ellos y otros sectores sociales (“la clase media”). Eso explica, por un lado, el constante incremento de fondos y fuerzas asignados al crimen y castigo, o sea, la policía, las prisiones, las guerras contra las masas con el pretexto de la “guerra contra la droga” y la “guerra contra el crimen” y, por otro lado, el hecho de que esas “guerras” nunca se “ganan” sino que continúan interminablemente.

Todo eso establece el marco y el “tono” de la política de la clase dominante en Estados Unidos. Exige que la “punta de lanza” de sus medidas sea un ataque agresivo contra los de abajo y eliminar concesiones (o sea, una guerra contra los pobres en vez de una supuesta guerra contra la pobreza), junto con una cruzada igualmente agresiva para promover e imponer los “valores antiguos” del patriarcado, el patriotismo y el chovinismo blanco (racismo).

Una tras otra, la prensa grande difunde y legitima toda clase de “teorías” e “investigaciones” que dizque demuestran que existen diferencias innatas e inmutables entre las razas, los géneros y otros grupos sociales, y que explican por qué unos se merecen posiciones de privilegio, y otros no. Luego afirman que eso es “prueba científica” de que los programas que se proponen nivelar esas desigualdades están condenados al fracaso y hay que eliminarlos. Pero la verdad es que lo único que ofrecen esas “teorías” y esas “investigaciones” es el innegable descrédito de un sistema y una clase dominante que están abandonando hasta la apariencia de poder superar enormes desigualdades, y más bien tienen que inventarse “profundas razones” por las que no pueden superarlas. Y en todo eso, aunque los “liberales” tienen un papel que desempeñar, los “conservadores” tienen la iniciativa.

Volvamos a “Virtudes” de Bennett, sobre todo una selección del primer capítulo (“Autodisciplina”), en que nos dice que los niños deben forjarse —o ser forjados— a la imagen de un niño correcto o una niña correcta, y las diferencias entre los dos son muy claras y reconocidas por cualquiera que se crió en Estados Unidos en la década de los años 1950. Por ejemplo, una de las selecciones (un poema de Emilie Poulsson) nos dice que “las niñas/que agradan” son “modestas como una violeta/dulces como una rosa. . . brillantes como un diamante/puras como una perla”. Como todos sabemos, ésas no son las cualidades que deben tener los varones, quienes deben ser bruscos y enérgicos, siempre y cuando sean obedientes y serviles ante la autoridad.

Una vez más, por más que Bennett lo quiera tapar con venalidades de que se opone al racismo, al sexismo, al chovinismo y demás, y a pesar de que incluye unos cuantos escritos de gente como la feminista del siglo pasado Susan B. Anthony, no cabe duda de

que, de principio a fin, lo que Bennett promueve como modelo es el papel “tradicional” de los géneros, mejor dicho, estereotipos. Al fin y al cabo, lo que Bennett busca es alabar esas “virtudes tradicionales”.

Así es como el poema que introduce con la calamitosa advertencia —aprende a controlarte tú mismo o serás controlado de maneras que no te gustarán— lleva como título: “Erase una vez una niña”, que una vez más presenta el “doble criterio” que le permite más libertad al hombre que a la mujer. La última estrofa lo dice todo: “Su mamá oyó el ruido/y pensó que eran los varones/jugando a la guerra en el ático/pero cuando subió a ver/encontró a Jemima/a quien le dio una buena paliza”. Además de joyas como ésta, *Virtudes* tiene los conocidos cuentos de hadas de princesas vírgenes rescatadas o llevadas a la dicha por guapos príncipes (aunque primero sean sapos).

Pero, por qué tanta lata, acaso no son cosas inocentes; claro que perpetúan los estereotipos sexuales, pero, ¿no estamos cayendo en el extremo de lo “políticamente correcto” y en el “feminazismo”? ¿No se está poniendo ya ridículo, y de hecho irritante, lo “políticamente correcto”? Eso es lo que sostiene el librito de parodias *Politically Correct Bedtimes Stories*, que tengo entendido fue de los más vendidos en Estados Unidos hace poco. Pero, si bien ese libro se burla de la crítica “políticamente correcta” de los viejos cuentos de hadas, en lo que me dejó pensando, más que en que hay que volver a escribirlos, es el hecho de que hay que verlos bajo su propia luz, tal y como son: faros de una época en la que se enseña que las divisiones entre ricos y pobres, príncipes y comunes, hombres y mujeres, etc., etc., son naturales e inevitables.

¿Se puede decir en serio que la influencia que esos cuentos de hadas tienen, los modelos y la moral que recomiendan, son de veras inofensivos? Entre el trabajo preparatorio que llevé a cabo para escribir este artículo, leí un artículo del periódico *USA Today* (24 enero 1995) escrito por Judith Sherven y James Sniechowski titulado: “Por qué las mujeres se quedan con hombres que les pegan” y que tiene como subtítulo: “Para millones, el hombre ideal es una fantasía de las novelas de romance: Poderoso, protector, sexualmente agresivo. Una receta para problemas”.

En la sociedad estadounidense de hoy, las novelas de romance son como los cuentos de hadas del “Príncipe Azul”. Se dirigen a las adolescentes y mujeres mayores. Según el mencionado artículo (que cita a la revista *Forbes*), ¡25 millones de mujeres estadounidenses se leen 20 novelas de romance al mes! El artículo hace una importante pregunta y da una reveladora respuesta: “¿Qué encuentran tan irresistible esas mujeres? La esperanza y fascinación de que les ‘salve’ un varón fuerte, dominante, que las cuida y las haga sentirse seguras”. Pero en el mundo real, en la vida con (y bajo la bota de) semejantes hombres, no se cumplen esas fantasías románticas, y en muchos casos se vuelven pesadillas. (Eso me hace recordar la observación de Engels de que en sus orígenes la palabra *familia* no significaba el “ideal mezcla de sentimentalismo y de disensiones domésticas, del filisteo de nuestra época” sino el “conjunto de los esclavos”

de un antiguo hogar romano y cuyo jefe tenía el derecho de vida y muerte no sólo sobre los esclavos sino también sobre la mujer y los hijos.)

¿Es difícil ver la influencia que tienen los cuentos de hadas de los hermanos Grimm (y versiones modernas de la misma clase de cuentos) en el condicionamiento de las niñas a que acepten y aspiren a vivir esas fantasías románticas, y que las consecuencias son todo menos inofensivas y chistosas? Cuando William Bennett y otros refuerzan ese ideal de “virtudes femeninas” y las “recompensas” que obtendrán, ¿cuál es la naturaleza y el efecto de la “educación moral” que promueven?

Con toda la inexorable andanada de propaganda sobre el crimen violento, el crimen en la calle, los niños que matan niños, etc. (y a pesar del hecho de que el crimen violento es un problema social grave en Estados Unidos), una cosa a la que ni la prensa ni los politiqueros le dan mucha publicidad es al hecho de que para la mujer y los niños, el lugar donde es *más probable* que sean víctimas de crímenes violentos y de golpes que llegan a ocasionar la muerte es *el hogar, a manos del “jefe del hogar”*. Es más probable que la mujer sea violada por su esposo, y que los hijos sean abusados y molestados sexualmente por sus padres, que por un desconocido. Sólo en los últimos años, y en gran medida debido a los levantamientos sociales de los “años 1960” (que en realidad duraron hasta mediados de los años 1970), y en particular debido al movimiento de la mujer que surgió durante esos levantamientos, se logró iluminar *esa* horrorosa violencia “doméstica”. Antes, era algo oculto; quedaba tras las puertas cerradas del “hogar”, protegido por la “santidad” de la “familia tradicional”.

Hasta hace poco, el concepto de la “violación matrimonial” era considerado una contradicción de términos. Hasta la década pasada, en la mayoría de los estados de Estados Unidos, el hombre *podía* violar *legalmente* a su esposa; sólo en los últimos dos años se declaró un delito en todos los estados (Carolina del Norte fue el último estado que aprobó esa ley a fines de 1993). Naturalmente, a pesar de que se han aprobado esas leyes, la violación matrimonial es una de las principales formas de violencia que sufre la mujer y uno de los principales crímenes que no es castigado (junto con “crímenes de oficina” y otros en los que las víctimas son negros o personas a quienes la sociedad considera infrahumanas). El robustecimiento de las “relaciones tradicionales” y sus “valores tradicionales” acompañantes no ayudará a eliminar ese crimen y violencia; más bien les dará más pantalla e incluso “legitimidad”, al igual que a las relaciones sociales opresivas de las que esos crímenes son una dramática expresión.

Cuando oíamos a Bennett y otros decir que es hora de “volver a los principios fundamentales” sobre los que se fundó Estados Unidos, y que los ataques de la “contracultura de los años 1960” contra esas tradiciones es la razón de la “corrosión moral” y el crimen desenfrenado en Estados Unidos, debemos preguntar: ¿O sea, volver a los tiempos en que un sinnúmero de mujeres eran violadas por sus esposos y eso era legal? ¿O a cuando cientos y probablemente miles de negros eran linchados todos los

años y casi nunca se consideraba un crimen?

Indudablemente, Bennett y compañía dirían que no se refieren a *eso*. Pero la verdad es que *sí* quieren robustecer la “tradición” que hace de las niñas y las mujeres posesiones sexuales del hombre: “vírgenes puras” y “protegidas” por su padre hasta que se casen y luego objetos de gratificación, e incluso botín, por sus esposos. (Hay que desenmascarar y eliminar la cosificación de la sexualidad, la conquista y el saqueo sexual, *así como el núcleo misógino* de todo eso, pero los “valores tradicionales” y sus defensores no lo pueden hacer, pues ellos mismos son expresiones y representantes de ese punto de vista.)

Bennett y compañía *sí* quieren darles a los negros ciertos “derechos civiles” de palabra, y a cambio quieren que “se porten de una manera ‘civil’”, mejor dicho, que acepten abnegada y sumisamente la realidad en la que están sometidos a discriminación y violencia de una manera sistemática, a injurias e insultos diarios. La verdad es que tipos como Bennett de hecho *quieren* reafirmar agresivamente el machismo y la supremacía blanca, que son pilares de la estructura institucional del capitalismo estadounidense, y *sí* quieren —y deben— defender y llevar adelante la “tradición” fundamental y los monstruosos crímenes sobre los que se ha levantado este sistema y en los que se sustenta.

En una de sus canciones de más impacto, el fabuloso músico de reggae Peter Tosh rechaza la glorificación de los “dizque grandes hombres” de “la civilización occidental” como Cristóbal Colón. Canta:

Lo que hacían esos ‘grandes hombres’
era robar y violar,
secuestrar y matar;
esos dizque ‘grandes hombres’ lo que hacían
era robar y violar,
secuestrar y matar.

Tiene razón, claro. Eso es lo que hacían y lo que siguen haciendo sus descendientes; esa es la naturaleza del sistema.

En muchas ocasiones, para ilustrar más vívidamente esos horrores, varios escritores (yo entre ellos) han usado la metáfora de sangre y huesos para representar la riqueza capitalista. Sin embargo, no es solo una metáfora, y la realidad es poderosamente ilustrada en el libro de Jack Weatherford *Indian Givers, How the Indians of the Americas Transformed the World* (Cómo los indígenas de las Américas transformaron el mundo). Empezando con el actual tormento de un minero boliviano de Potosí —que trabaja precisamente donde esclavos reales y virtuales sacaron montañas de plata durante siglos para enviar a Europa— Weatherford resucita a los millones de indígenas y africanos cuya sangre, piel y huesos construyeron el pedestal para la riqueza de las naciones europeas. Weatherford concluye mordazmente: “Los capitalistas levantaron la nueva estructura

sobre dos pilares gemelos: el tráfico de esclavos africanos y la piratería de la plata americana”. Luego cita una afirmación de Marx que, con punzante ironía, capta la esencia de esto: “El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista”.

Hoy en día, no hay en Estados Unidos ningún politiquero de peso que defienda la esclavitud (aunque es difícil ver a tipos como Pat Robertson y Jesse Helms y no ver amos y capataces de esclavos). Pero, ¿hay algún importante representante de la clase dominante estadounidense que no considere “grandes hombres” a esclavistas como George Washington (el “padre de la patria”), Thomas Jefferson (principal autor de la “Declaración de Independencia”) y James Madison (principal autor de la Constitución de Estados Unidos), y a quienes William Bennett presenta como modelos de “virtud” en *El libro de las virtudes*? Más aún, ¿hay representante alguno de la clase dominante capitalista dispuesto a decir que debido a que su riqueza y el poder de su Estado llevan en sus venas mano de obra esclava, su riqueza fue mal conseguida y que por ende su poder es ilegítimo?

Además de la mano de obra de los esclavos, ¿qué más sustenta esa base? La conquista y el genocidio de los indígenas; el robo de la tierra y sus recursos; la desalmada utilización de la mano de obra de los niños en la maquinaria de acumulación capitalista; la degradación, maltrato y explotación de la mujer por salarios bajísimos; el sometimiento y superexplotación de los pueblos no europeos. Todo eso ha continuado desde la primera conquista hasta la fecha y de un rincón del mundo al otro: de las maquiladoras de costura en Estados Unidos a peores maquiladoras en Haití o Paquistán; del genocidio de millones en Indochina e Indonesia a la destrucción y matanza masiva contra Irak y su pueblo, especialmente contra los niños.

Ese es el púlpito de huesos sobre el que William Bennett y otros se reclinan para predicar sus “virtudes”. Tienen las agallas de exaltar el valor del “Trabajo” (uno de los capítulos del libro de Bennett), cuando el trabajo que durante siglos los ha elevado a la posición que tienen es el trabajo de *otros*, en condiciones de virtual esclavitud y otras formas de salvaje explotación.

No es de extrañarse entonces cuando en el capítulo “Trabajo” Bennett presenta cuentos, poemas y parábolas sobre abejas y hormigas, y el cuento de “La rebelión contra el estómago”, cuya esencia es que la división de funciones en la que diferentes partes del cuerpo alimentan al estómago es, al fin y al cabo, ¡la mejor situación posible! La “división de funciones” que hoy predomina en el mundo, en la que las clases dominantes de un puñado de países se alimentan de la mano de obra de miles de millones de personas a las que tratan como abejas y hormigas, es una división de funciones que las clases

dominantes y sus representantes, como William Bennett, hacen todo lo posible por mantener y reforzar.

Esa gente habla de “Responsabilidad” (el título de otro de los capítulos del libro de Bennett) y de que la falta de responsabilidad está corroyendo a la juventud y a la ciudadanía en general. Dicen que todos deben responsabilizarse de las alternativas que escogen en la vida. Pero, ¿por qué es que la clase de gente a la que Bennett representa tiene que escoger entre alternativas como cerrar fábricas en este o aquel lugar, o invertir miles de millones de dólares en México o Corea del Sur, o qué medidas de austeridad imponerle a Perú, o cómo librar una guerra contra Irak o cuándo invadir a Panamá o Haití? Mientras que para la gente de un país como Estados Unidos que pertenece a lo que se llama la “clase media”, las alternativas son aceptar un recorte salarial o perder el trabajo, o endeudarse más para ayudar a los hijos a estudiar en la universidad. Para millones en los ghettos y barrios de Estados Unidos, las alternativas son más bien buscar un trabajo que paga el salario mínimo o meterse al welfare, recurrir al crimen o luchar en una de esas guerras que la clase dominante decide lanzar. ¡Y en Tailandia una niña de 9 ó 10 años tiene que “escoger” entre las alternativas de trabajar en una maquiladora haciendo ropa o juguetes para exportar a países como Estados Unidos, o meterse a un prostíbulo para ser vendida a hombres de negocios de Japón, Europa o Estados Unidos! El sistema mundial del capitalismo e imperialismo y sus relaciones de opresión económicas, sociales y políticas establecen las condiciones en que diferentes clases y grupos sociales tienen determinadas alternativas.

En realidad es una mentira cruel, cínica y monstruosa predicar, como hace Bennett: “Aristóteles fue uno de los primeros en decir que nos *volvemos* en lo que somos por las decisiones que tomamos nosotros mismos”. ¡¿Explica eso por qué 40.000 niños mueren *todos los días* en el tercer mundo de hambre y enfermedades curables, por qué *uno de cada cinco niños* de Perú muere antes de cumplir cinco años, al mismo tiempo que tipos como William Bennett van a cenas de \$1000 por plato para recaudar fondos para su propaganda reaccionaria?!

Cuando Bennett arenga contra la plaga del crimen, me hace recordar una historia (en un escrito de San Agustín, para colmo) sobre una conversación entre Alejandro Magno y un pirata que capturó: “El pirata detenido le dio una respuesta apropiada y en el blanco a Alejandro Magno. Porque cuando ese rey le preguntó al hombre cuáles eran sus intenciones al apropiarse de posesiones en alta mar, él le contestó con orgullo audaz: ‘Las mismas de Ud. al apropiarse del mundo entero; pero porque lo hago con un barco pequeño, me llaman ladrón, mientras a Ud., que lo hace con una gran flota, lo titulan emperador’”.

La misma historia se me vino a la mente mientras leía un artículo sobre el autor Charles Murray (de “Bell Curve”), un compadre de Bennett, en *The New York Times Magazine* (9 octubre 1994). No hablo de las “teorías” de Murray sobre la llamada superioridad

intelectual basada en los genes de algunas personas, por ejemplo de los blancos sobre los negros; se han refutado muchas veces y últimamente se han refutado de manera científica y hoy las instituciones de la clase dominante les otorga “legitimidad” porque corresponden al programa suyo (o “Contrato”) que ha cobrado impulso por las citadas razones. Lo que me vino a la mente al leer el artículo sobre Murray era su descripción de su niñez en una familia adinerada en el idílico pueblo de Newton, Iowa, sede de la Corporación Maytag. Murray destaca la influencia de su madre: cuenta “de manera vívida que a su madre ‘se le saltaron las lágrimas’ al enterarse de que él había aceptado un suéter robado a un amigo”. De nuevo, vemos el modelo de la capa privilegiada “recta” en el corazón del imperio: expresa indignación moral sobre un pequeño robo mientras su posición y estilo de vida descansan en el robo y el asesinato que se dan en gran escala a nivel mundial, situación que para muchos miembros de esta capa puede permanecer en su mayor parte “invisible”, al igual que en la vida cotidiana las masas explotadas y brutalizadas les permanecen invisibles . . . hasta que se alcen.

Una de las principales razones por las que tipos como Bennett atacan tanto los “años 1960” y su “contracultura” es que esa época sacó muchos, aunque no suficientes, trapos sucios a la luz del día; mostraron la realidad detrás de las “virtudes” de Bennett y pusieron en tela de juicio la autoridad y la legitimidad de la clase dominante en su postura de abanderada de la justicia y bastión de la libertad. Pero los “años 1960” hicieron mucho más.

En el contexto de un levantamiento revolucionario mundial, millones de personas en Estados Unidos desecharon las normas predominantes y la autoridad tradicional, empezaron a luchar por forjar nuevas relaciones humanas y nuevas expresiones culturales que no se basaran en el arribismo y la competencia, y a sabiendas rechazaron el lema de “Estados Unidos es el número uno y dios está de nuestro lado”. Mucha gente llegó a darse cuenta de que la fuente de todos los males contra los que luchaba, y el obstáculo que impedía lograr las cosas por las que luchaba, era el sistema capitalista-imperialista. Muchos que vivían una vida de crimen se despertaron y empezaron a luchar por la revolución. Se vieron muchas expresiones y manifestaciones poderosas y conmovedoras de la enorme capacidad que tiene el pueblo de transformar el mundo y de transformarse a sí mismo en medio de la lucha revolucionaria.

Los campos de batalla estaban claramente deslindados: entre los manifestantes contra la guerra y el Pentágono; entre los Panteras Negras y J. Edgar Hoover; entre negros, latinos, asiáticos e indígenas por un lado y el gobierno por el otro; entre las mujeres que se rebelaban contra su papel “tradicional” y los viejos chochos ricos de la clase dominante; entre la juventud con su nueva música y los curas que los acusaban de ser discípulos del diablo y destructores de la civilización. En esos tiempos tumultuosos, los que se rebelaban contra el orden imperante y las relaciones y tradiciones dominantes encontraron causa común y forjaron una poderosa unidad. Obtuvieron cada vez más la iniciativa tanto moral como política, mientras que la clase dominante se atrincheraba y

daba manotazos para defender su posición dominante que se le escapaba, y muy merecidamente fue perdiendo su autoridad moral y política.

Desafortunadamente, si bien cientos de miles de personas se volvieron revolucionarios durante ese período y millones más se radicalizaron y llevaron a cabo diversas formas de resistencia, no hubo una revolución: la vieja clase dominante permanece en el Poder y el viejo sistema sigue vigente. Así, con los cambios en las condiciones y relaciones dentro de Estados Unidos y a nivel mundial, mucho de lo que surgió en ese tumultuoso período se anuló, otras cosas las cooptaron, otras las corrompieron y otras las aplastaron. Pero no todo, y por eso sigue siendo una espina en el costado de la clase dominante.

No hay regreso. No se pueden repetir los sucesos de los “años 1960”, y aunque se pudiera, no serían suficientes. Porque, por más que se logró mucho, no fue suficiente. Pero tipos como William Bennett tampoco pueden repetir los “años 1950”. La batalla por el futuro se tiene que librar de aquí en adelante.

El desafío para quienes no han perdido de vista un mundo radicalmente diferente y mejor —así como para quienes recién empiezan a buscar esa visión o la han vuelto a encontrar— es defender y aplicar lo mejor de los levantamientos anteriores y desarrollar los medios para efectuar las dos rupturas radicales de las que hablaron Marx y Engels, o sea: con las relaciones de propiedad tradicionales y con las ideas tradicionales.

Esto es una revolución verdadera y sin precedentes, opuesta al fortalecimiento de las cadenas tradicionales bajo la trillada bandera de la “revolución” — ¡contra la liberación! Lo que se necesita es impulsar a la humanidad hacia una nueva etapa histórica, dejando atrás las opresivas divisiones que por miles de años han tenido horripilantes consecuencias pero que hasta hoy han sido inevitables. Un aspecto clave de la batalla para romper las cadenas tradicionales es promover la moral radicalmente diferente que corresponde a esta transformación histórico-mundial; que puede desenmascarar y destapar la “tradicción moral” y a la vez iluminar el camino hacia una nueva y superior etapa de relaciones humanas.

Acabar con el “pecado”

O, necesitamos moral, pero no la moral *tradicional*

La cruzada de Pat Robertson y los de su calaña, de fundar una sociedad tal como representa (de manera negativa) Margaret Atwood en la novela *El cuento de la criada* (Sudamericana, 1987), es uno de los rasgos sobresalientes del actual terreno político y social de Estados Unidos. Lo que llama la atención es que la visión de la “derecha religiosa” viene teniendo más aceptación y legitimidad en la “corriente principal de la política estadounidense”, o sea, en las instituciones políticas dominantes y en los medios informativos. Sale a relucir más con el lanzamiento del “Contrato con la familia norteamericana” de la Coalición Cristiana, como la segunda ráfaga de un cohete, tras el “Contrato con Estados Unidos” de los republicanos. El segundo “contrato” lo han acogido con entusiasmo varios políticos de peso del Partido Republicano, varios “comentaristas conservadores” y demás, y los demócratas y los liberales en posiciones de peso y autoridad lo han recibido al menos con respeto.

A su vez, han salido voces y fuerzas en oposición o que quieren dar una visión alternativa, por ejemplo, en la “comunidad religiosa”. *The New York Times* (23 mayo 1995) describe un grupo así: “un amplio grupo ecuménico de líderes cristianos” que lanzó el comunicado “El grito de redención: Que se oigan otras voces”. El *New York Times* dice que el grupo “llama a un cese al fuego ‘verbal’ y a encontrar puntos comunes ajenos a la ideología partidaria”.

Según el *New York Times*, uno de “los principales autores del comunicado, el Rdo. Jim Wallis, el director de *Sojourners*, una revista religiosa independiente bimensual”, dice que “los firmantes del documento no ‘buscan una confrontación’ con la Coalición Cristiana”, que la “civilidad, y la compasión, tienen que formar parte de la orientación” y que los firmantes habían concertado reuniones con el presidente Clinton y Richard Gephardt, el líder de la minoría demócrata de la Cámara de Representantes, y con Newt Gingrich, el presidente de la Cámara de Representantes, y que ya habían solicitado una reunión con Ralph Reed, el director ejecutivo de la Coalición Cristiana. Según *USA Today* (24 mayo 1995), Wallis dice: “‘La alternativa a la derecha religiosa no es la izquierda religiosa’. . . ‘Necesitamos una política cuyos valores sean más espirituales que ideológicos, una política sustentada en civilidad, compasión y comunidad’”.

Me interesan los comentarios de Wallis y su papel de impulsor de peso de “El grito de redención” porque yo había recibido el libro de Wallis, *El alma de la política* (New Press, Orbis Books, 1994) y lo había leído y consultado varias veces mientras escribía sobre la “moral tradicional”. Al comienzo, analicé *El libro de las virtudes* de William Bennett y escribí la crítica “Predicando desde un púlpito de huesos: Lo que no dice ‘Virtudes’ de William Bennett, o, necesitamos moral, pero no la moral *tradicional*”. En el transcurso de esa actividad, tomé mayor conciencia de que era necesario poner al

descubierto y denunciar la posición o pose moral de gente como William Bennett y sus bases políticas, sociales y económicas subyacentes, así como tratar la cuestión de la moral de una manera más profunda y global. El libro de Wallis contribuyó en una medida importante a este proceso. Es necesario criticar la visión política y moral que propone gente como Wallis así como la de los Bennett, Reed y Robertson, y contrarrestarlas con una visión comunista de la moral.

En muchos sentidos, Wallis y Bennett abordan las cosas desde lados opuestos. El trabajo de Wallis se identifica con los pobres y explotados y busca ver las cosas por medio de ellos, los oprimidos y marginados en Estados Unidos y en el mundo. Dice: “Un principio fundamental con que hemos estado trabajando es que los de abajo son los que más conocen la verdad de una sociedad” (p. 116). Continúa: “Los Estados Unidos de Norteamérica se formó como sociedad blanca, fundada sobre el casi completo genocidio de una raza y la esclavitud de otra. Tal afirmación siempre ha provocado reacciones emotivas. Algunas personas dicen que es exagerada, otras que es valiente. Pero es simplemente una afirmación del hecho histórico” (p. 84).

De otro lado, Bennett es un representante de peso de La Cima -- las fuerzas dominantes de la sociedad estadounidense y del más poderoso imperio del mundo actual. Como señalé en la crítica a “Virtudes”, Bennett se apoya (y el sistema que él defiende se descansa) en un montón de huesos rotos y cadáveres que se han acumulado y que se reponen constantemente a partir del “hecho histórico” muy real que sostiene Wallis y de la operación de este “hecho histórico” en el mundo de hoy: éste es el púlpito desde el cual Bennett predica sus “virtudes” y busca imponer un orden draconiano, a nombre de esas “virtudes”, en particular sobre los de abajo de la sociedad estadounidense y del mundo.

No obstante, pese a su llamado a cambiar la sociedad de manera fundamental, Wallis no propone transformar el mundo; busca una reconciliación entre los de abajo, que forman la gran mayoría de la humanidad y el recurso fundamental del avance de la humanidad, y el puñado que los explota y los atormenta a fin de permanecer en la cima. Wallis propone “una nueva visión social” (“Introducción”, xxiv), pero ésta conserva muchos puntos comunes con la de los defensores más abiertamente reaccionarios del actual orden social. No propone una alternativa fundamental a lo que representan los Bennett, Reed y Robertson, y los Clinton y Gore. Más bien ilustra que forjar una alternativa a este horroroso sistema sin romper con la tradición moral-religiosa está condenado al fracaso; únicamente los principios comunistas y su manifestación en la moral comunista pueden alumbrar el camino hacia una alternativa radicalmente diferente que adecúe a la humanidad para construir un futuro mucho mejor, sin la esclavizante tradición de la doctrina religiosa ni la autoridad religiosa que refuerza las divisiones sociales opresivas.

El alma de la política tiene mucho con lo que se puede estar de acuerdo: dice muchas cosas que hay que decir, y las dice directa y poderosamente. Especialmente en la segunda parte, “La comunidad fracturada”, Wallis expone con mucha perspicacia y pasión buena

cantidad de la disparidad e inequidad (y como dice Wallis, iniquidad) que hay en el mundo hoy, y las formas de explotación, represión y violencia ligadas a eso.

En el capítulo 4, “Historia de dos ciudades: La división del mundo”, Wallis pinta un retrato acertado de esa división; lamenta, condena e ilustra vívidamente la agonía humana que provocan la extrema y grotesca polarización entre quienes se pudren en la extravagancia y el consumismo (Wallis diría “despilfarro”) y, por otro lado, quienes ni siquiera tienen los elementos esenciales para una vida saludable y decente; y no solo habla de la situación de los pobres en Estados Unidos sino de las amplias masas populares de todo el mundo.

Hablando de Washington, D.C., donde Wallis ha trabajado en medio de su gran cantidad de pobres, casi invisibles para los ricos y poderosos, dice: “Para entrar en los edificios del gobierno desde donde se maneja el Nuevo Orden Mundial, los empleados tienen que caminar sobre personas sin techo. El simbolismo es obvio, y es una clarísima metáfora del nuevo orden económico” (p. 52).

Wallis también hace ver esto con anécdotas, como con el ejemplo de una conversación que escuchó entre “dos guapas parejas jóvenes blancas” que comentaban sus restaurantes favoritos del mundo. “Finalmente, uno de ellos exclamó con entusiasmo sobre su restaurante favorito: ‘¡Es un lugar maravilloso donde uno puede ir descalzo y gastar 300 dólares en una comida!’”. Continúa: “En los lugares a donde yo viajo, las conversaciones son muy diferentes; se habla sobre cómo subsistir: ¿De dónde vendrá el próximo bocado? ¿Cómo vamos a proteger a los niños de la lluvia? ¿Dónde podemos conseguir agua potable? ¿Tendremos algún día nuestra propia tierra?” (p. 126).

Eso me hace recordar un número de la comedianta Lilly Tomlin, representando a una mujer sin techo. Cuenta que tiempo atrás tenía casa y que no siempre fue demente, que tenía una vida holgada y trabajaba para una agencia de publicidad, pero que la última gota fue cuando la pusieron a trabajar en una campaña para promover bocaditos entre comidas para el tercer mundo. El hecho de que la ironía de la situación no fuera aparente para sus colegas y gente de posiciones similares — o sea, que hay gente que ya sea por ignorancia o, peor, por endurecimiento, no sepa que aparte de los enclaves de la élite, la vida cotidiana en el tercer mundo es una constante lucha para conseguir por lo menos una comida y que el concepto de “bocaditos entre comidas” no tiene ningún sentido, salvo como una cruel burla — es una clarísima expresión de la condición inhumana, de la obscena polarización que Wallis describe. Wallis hace la comparación de una manera más clara y punzante:

“La pobreza en muchos de los lugares que llamamos el tercer mundo es simplemente abrumadora; el sufrimiento y la muerte de los pobres está casi más allá de nuestra capacidad de comprender. En los años 1980 Estados Unidos redistribuyó aún más la riqueza, quitándole a los pobres y trabajadores y dándole a los ricos. Los que están en la

cima cosecharon una bonanza de excesos e indulgencia, mientras que en los lugares más pobres del mundo todos los días mueren 35.000 niños por falta de agua potable y nutrición esencial.

“Esas estadísticas resultan más dramáticas si pensamos que eso sería comparable a llenar 100 aviones con 350 niños cada uno y verlos estrellarse uno por uno cada 14 minutos. Al mismo tiempo, una pequeña élite se pasea por el mundo en primera clase” (p. 61).

Wallis rechaza y refuta en cierta medida la reconfortante idea — para los confortables — de que la pobreza, degradación, salvajismo y violencia que son el pan de todos los días para los pobres es obra de sí mismos, de que es “su culpa”. Hablando de que el comercio de la droga ha llegado a ser una fuente, de las muy pocas, para el enriquecimiento de un puñado y la subsistencia de muchos de los pobres, señala que la economía de la droga “es, de hecho, el único mercado real dentro de la ‘economía de mercado’ en lugares como Colombia y Columbia Heights. . . . De Colombia, Sudamérica, a Columbia Heights, Washington, D.C., la pobreza establece el escenario para la tragedia y el drama de la *droga simplemente cumple la sentencia*” (énfasis mío).

Wallis no se limita a declarar el “hecho histórico” incontrovertible mencionado antes (o sea, que Estados Unidos se fundó sobre cimientos de supremacía blanca, el casi completo genocidio de los indígenas y la esclavización de africanos); también demuestra que el racismo y la opresión de los pueblos oprimidos es algo permanente y central en todas las esferas de la vida en Estados Unidos. Asimismo, demuestra cómo el sistema de justicia — la policía, las cortes y las prisiones — sirve para perpetuar esa opresión.

En muchos sentidos, una de las partes más reveladoras del libro de Wallis es cuando cuenta su propia experiencia, lo que él llama “una peregrinación” de su comunidad clasemediera blanca de Detroit al ghetto de esa ciudad. Significativamente, una de las fuerzas que lo impulsó a realizar esa “peregrinación” fue la poderosa rebelión urbana que estalló en el verano de 1967, concentrada en el ghetto. Eso lo llevó a hacer profundas preguntas y a buscar respuestas sobre el porqué de las profundas divisiones y desigualdades entre los negros y los blancos en Estados Unidos. “Pregunté con persistencia a mis padres, maestros y amigos —dice— pero pronto me di cuenta de que nadie podía o quería darme una respuesta. . . . Unos me dijeron que iba a tener problemas si seguía haciendo esas preguntas. Esa fue la única respuesta honesta que obtuve de la comunidad blanca. No pasó mucho tiempo antes de darme cuenta de que los blancos no me iban a dar las respuestas que buscaba. Así fue como decidí ir al ghetto” (p. 75).

Wallis cuenta: “Empecé buscando en las iglesias negras”. Y “al hacer mis preguntas, comencé a ver un mundo completamente diferente. . . . La manera de ver el mundo simple y autojustificada de mi niñez y de mi iglesia, chocó con lo que empezaba a comprender del racismo y de la pobreza, y eso me causó muchos trastornos en mis años de adolescente. Me sacudió lo que vi, oí y leí; la realidad del salvaje racismo me hizo

sentir traicionado y furioso. Lo que es peor, me sentí profundamente implicado” (p. 76).

A medida que se involucraba más en la comunidad negra y empezó a trabajar “con los trabajadores manuales y no calificados de Detroit, que trabajaban duro por muy poco dinero”, descubrió que: “Los negros jóvenes eran mucho más furiosos y combativos que los cristianos negros que había conocido y me dieron una nueva educación”. (Más tarde volveré a esto para demostrar que Wallis no lo asimiló plenamente.) Ahí Wallis conoció la realidad de individuos brillantes y perspicaces como “Butch, típico de los jóvenes combativos que conocí”, de quienes el sistema nunca pensó que merecían la oportunidad de aprender a escribir, y de gente como Butch y su familia que entendían bien la naturaleza de la policía (pp. 76 y siguientes).

Wallis cuenta la duradera impresión que le dejó la mamá de Butch: “Era una señora encantadora, cortés y amable. . . . Como mi madre en muchos respectos, lo que le preocupaba era la salud, felicidad y seguridad de su familia”, y esa preocupación la llevó a enseñar a sus hijos la siguiente lección, adquirida con amarga experiencia, sobre la policía: “Si se pierden, ojo a la policía. Si ven un radiopatrulla, escóndanse en un callejón, métanse debajo de unas escaleras o den la vuelta a la esquina. Cuando pase el radiopatrulla, pueden seguir buscando el camino a casa. ‘Así que el consejo que les doy a mis hijos es, ojo a la policía’” (pp. 78-79).

Cuánta realidad concentra la advertencia de esa señora a sus hijos: “¡Ojo a la policía!”. Vuelve añicos las mentiras sobre el “policía amigo” y concentra la verdad de Rodney King, de las docenas de negros asesinados en esos días por la policía de Detroit y de los cientos de negros muertos cada año a sangre fría por policías en todo Estados Unidos, lo que luego es declarado “homicidio justificado”. Cuando vemos todo eso, cuando consideramos la experiencia de Butch y su familia en un contexto mayor y representativo de millones de negros, podemos comprender el profundo significado y lo que implican estas estadísticas que cita Wallis: un estudio reciente “muestra que el 42% de los hombres negros de Washington, D.C., están en la cárcel, esperando ser juzgados o en libertad condicional; y muestra que el 90% de los afroamericanos de esa ciudad serán detenidos en algún momento de su vida. Estados Unidos tiene más presos, en total y per cápita, que ningún otro país del mundo; por preso al año, eso cuesta más que pagar su matrícula para estudiar en la universidad de Harvard”.

Si contemplamos la última parte de la última oración citada y si llevamos a sus últimas consecuencias la contradicción que plantea —que gastan más dinero para encarcelar que para educar a millones de negros— llegaremos en buena medida a ver el problema de fondo, así como la solución, tanto en Estados Unidos como a nivel mundial.

Wallis ha avanzado una considerable distancia en esa dirección, pero se ha detenido a medio camino y ha retrocedido. Los dos lados de eso se expresan en el balance que hace de su experiencia seminal representada por su “peregrinación” al ghetto de Detroit:

“Si la educación sirve para conocer la verdad y el mundo tal como es, pues mi educación empezó cuando conocí a los negros de Detroit. Me hicieron ver el otro Estados Unidos, el Estados Unidos que es injusto y equivocado, malo y odioso, el Estados Unidos que nosotros los blancos aceptamos. Pero me mostraron mucho más que el racismo. Me enseñaron el amor, la familia y la valentía, qué es lo más importante y qué significa ser humano. Al escuchar la experiencia de los negros, descubrí más sobre mí mismo, mi país y mi fe que en ninguna otra parte” (p. 79).

Como alguien que procede de la clase media pero es parte de la generación que despertó a la política en “los años 1960”, mucho de lo que Wallis dice resuena profundamente en mí. En mi caso, la experiencia de aprendizaje que él describe fue facilitada por el hecho de que la prepa a la que asistí, Berkeley High School, fue (y pienso que sigue siendo) la única prepa pública de la ciudad y estaba dividida más o menos por parejo entre blancos y negros, con una pequeña cantidad de mexicanos, chicanos y asiáticos.

La palabra apropiada es “dividida”, pues la comunidad en su totalidad todavía estaba en gran medida segregada y en la escuela había una clara separación; eso se veía clarísimo en reuniones sociales e incluso durante la hora de almuerzo en la escuela: tanto adentro, en la cafetería, como afuera, donde muchos almorzaban, se veían claras zonas de negros y blancos y una línea invisible que las separaba (aunque una vez unos estudiantes blancos pintaron una línea que denominaron ¡la “línea Mason-Dixon”! [que en el siglo pasado dividía los estados del Norte y los del Sur]). Cruzar esa línea, en el sentido literal así como en el sentido simbólico, no era imposible pero tampoco era fácil; se tenía que dar un enorme salto, y para los blancos que lo dieron fue una experiencia estremecedora pero también edificante e instructiva en el más amplio sentido de la palabra.

Al igual que Wallis, mi verdadera educación también empezó aprendiendo de la experiencia, sentimientos, perspicacia y sabiduría de los negros que me acogieron como amigo y me abrieron las puertas de su corazón y su mundo. Y al igual que Wallis, al principio me sorprendió y después me enfureció profundamente conocer las injurias cotidianas e insultos que vivían, así como toda la historia de opresión que han vivido y a lo que han sido sometidos desde que los trajeron como esclavos, y me comprometí a ser parte de ponerle fin a todo eso y de acabar con el terreno que lo abona.

Pero a diferencia de Wallis, en cierto momento, a raíz de ese compromiso y de aprender más sobre la conexión entre esa y todas las demás formas de opresión y explotación enraizadas en el tejido de Estados Unidos y en sus relaciones con el resto del mundo, llegué a la conclusión de que tenía que dar otro salto, atravesar otra gran divisoria, o contentarme con algo menos que el derrocamiento y la abolición de toda esa explotación y opresión, y en cierto sentido hacer las paces con eso.

Ese segundo salto requirió que reconociera y me opusiera a toda forma de organización de la economía y la sociedad a partir de la apropiación privada del capital y de

distribución de la riqueza en relación a la propiedad (o falta de propiedad) del capital y no a partir de lo que necesita el pueblo. Eso era una apostasía a la sagrada trinidad de país, familia y dios, o mejor dicho, imperialismo, patriarcado y la encarnación mística, mítica de las relaciones dominantes de explotación y opresión como una fuerza todopoderosa, sobrenatural a la cual todos debemos someternos. En una palabra, significó dar el salto del cual Marx y Engels hablan en el *Manifiesto del Partido Comunista*, o sea, la ruptura radical con las relaciones de propiedad tradicionales y con las ideas tradicionales.

Ese ha sido, para mí, el salto más liberador, aunque en un profundo sentido, se tiene que dar una y otra vez. Pero es un salto que —por lo menos objetivamente y no en poca medida subjetivamente— la gente que tiene las creencias que sostiene Wallis no ha querido dar. Parafraseando el poema *Aullido* de Allen Ginsberg, he visto a mucha de la mejor gente de mi generación en Estados Unidos, particularmente gente blanca de la clase media, que se ha quedado estancada precisamente cuando era necesario dar ese salto y hacer esas rupturas radicales. Para unos ha sido Elvis, para otros es el béisbol y para otros es la religión lo que simboliza y concentra lo que no han podido rechazar. Para Wallis, más que nada ha sido la religión.

Me hace recordar la canción de John Lennon “Imagina”, en la que entre otras cosas pide que nos imaginemos un mundo sin religión. Hace unos años, cuando Joan Báez cantó en Francia, pasaron uno de sus conciertos por TV en que cantó “Imagina”. Pero cuando llegó a la parte que dice “sin religión”, ella no pudo resistir decir: “salvo la tuya”. Esa renuencia o incapacidad de imaginarse un mundo en el que la gente haya dejado a un lado el fardo de la religión —en el que la creencia en fuerzas sobrenaturales inexistentes ha dejado de existir, junto con las condiciones y relaciones sociales que sientan la base para esas creencias— es lo que “estanca” a gente como Wallis (y Báez); a eso lo acompaña la renuencia o incapacidad de reconocer las bases subyacentes de la injusticia que de veras deploran y aspiran a superar. Con ese punto de vista uno solo puede combatir los síntomas, no las causas fundamentales. Lo peor es que ese punto de vista lleva a ocultar las causas y a conciliarse con quienes se benefician de ellas y de perpetuarlas.

Wallis reconoce y recalca el hecho de que hay una conexión entre la pobreza de la mayoría y el lujo de los pocos en el mundo. Conecta la pobreza y opresión en Estados Unidos y también la polarización a nivel mundial — la indecible agonía de las masas populares — con las prioridades y medidas de la sociedad y el gobierno estadounidense, incluyendo su política exterior y las guerras que desata o respalda. Hablando del hecho de que estamos en “un período de transición” (p. 5), da a entender que esa transición está ligada a importantes cambios en la economía de Estados Unidos y del mundo: creciente internacionalización y mecanización de la producción, que “están excluyendo a comunidades y sectores enteros” y “que expulsa de la economía regular a poblaciones enteras” (p. 59).

Así y todo, concluye que la causa fundamental de todo eso es espiritual, que “la crisis de

la economía mundial se debe, en el fondo, a una crisis moral; y que los argumentos y las soluciones políticos no bastan” (p. 72). De hecho, debido a que su análisis del problema y de la solución es una distorsión, una inversión, de la relación entre la economía y la política por un lado, y la ideología por otro —puesto que rechaza el materialismo marxista e insiste en el idealismo religioso— sus argumentos y soluciones son completamente inadecuados y en última instancia llevan por el camino equivocado. Antes de abordar la dimensión filosófica, quisiera examinar algunos ejemplos de la solución práctica que propone Wallis, o la dirección hacia la solución, a los problemas y desigualdades que viven las masas pobres en Estados Unidos y en el mundo y lo que nos dice sobre la posición de Wallis.

Veamos la conclusión de *El alma de la política*. En el “Epílogo” del libro, con el llamativo título “Hora de cicatrizar, hora de construir”, Wallis relata su experiencia en la toma de posesión de Nelson Mandela, el nuevo presidente de Sudáfrica: “‘La población de Sudáfrica ha opinado en esta elección’, dijo Nelson Mandela. ‘Quiere cambio y cambio recibirá’. El dirigente de 75 años de edad hablaba con elocuencia de la reconciliación. . . Dijo: ‘Ya es hora de cicatrizar las heridas. Ya es hora de tender puentes sobre los abismos que nos dividen. Nos llama la hora de reconstruir’”. Wallis concluye que estas palabras representan “la esperanza que transformará el alma de nuestra política” (pp. 253, 255).

Pero esperanza *para quién y qué clase* de cambio representa la presidencia de Mandela y de veras ¿lo quieren y necesitan las masas populares, sobre todo los oprimidos y explotados de africanos en esa tierra? El nuevo gobierno sudafricano no representa ningún cambio fundamental que pueda ni que busque tumbar y arrancar de raíz la explotación y opresión de las masas. Su objetivo y efecto, esperanza y resultado, es operar ciertas reformas parciales y reestructuración del sistema, sobre todo la participación de un sector de los negros de las clases altas y algunos de las clases medias en las instituciones dominantes y capas privilegiadas, a fin de traer mayor “estabilidad” y un ambiente más favorable para los explotadores nacionales e internacionales. Con frecuencia se habla de “generar un ambiente más favorable para la inversión de capitales”, lo que es un objetivo declarado del gobierno de Mandela.

Con el nuevo gobierno las masas populares por las cuales se dice que habla Mandela no han tomado ni tomarán el poder político, ni se repartirán de fondo las tierras y otros medios de producción ni se reestructurará el sistema económico de modo que coloque a las masas al mando de la vida económica del país. Se no ha superado la enorme brecha entre el puñado de explotadores, en su aplastante mayoría blancos, y las amplias masas de negros explotados y no se lo hará con este gobierno ni con la política y programas que representa.

El artículo “Después del apartheid, el cambio no cumple las expectativas”, del *New York Times* (27 abril 1995), un año después de la elección de Mandela, lo ilustra. Un subtítulo

del mismo concentra la esencia: “Enorme brecha divide pobres y ricos”. Lo esencial no es que “no cumple”, pues el cambio fundamental que necesitan las masas jamás se obtendrá con la política e ideología que representa Mandela. Se obtendrá únicamente rompiendo con tal ideología y política, rechazando el camino de la reconciliación con los explotadores y opresores y librando una lucha revolucionaria por derrocarlos y eliminar las condiciones y relaciones de las cuales prosperan y de las cuales son representantes y ejecutores.

La pura verdad es que *no puede haber* ninguna reconciliación de los intereses de los pobres y aquellos cuyo sistema los mantiene en la miseria, no puede haber puntos comunes entre los esclavistas y los esclavos. Independientemente de las intenciones de uno, las tentativas de forjar tal reconciliación y de encontrar tales puntos comunes acabarán traicionando a los pobres y contribuyendo a mantenerlos en la esclavitud, penuria y angustia. Si rechazas eso por ser “dogma marxista”, pues pregúntale a las masas en la “nueva Sudáfrica” de Mandela o de El Salvador, Palestina y otros lugares en que les están imponiendo tal “reconciliación”.

Otro ejemplo de lo que Wallis llama “señales de transformación” positivas descubre más las limitaciones de su posición. La historia, en la sección “Compasión” y titulada “Ya basta de nosotros y ellos”, “es de Brasil” y se trata de “varios campesinos pobres que estaban a punto de perder sus tierras a un proyecto del gobierno”. Las mujeres y los hijos de las familias campesinas fueron a donde vivían los senadores ricos que iban a votar sobre el proyecto. Según Wallis, se granjearon la simpatía de las esposas de los senadores, quienes presionaron a sus esposos para que votaran en contra del proyecto. Wallis concluye: “. . . los campesinos conservaron sus tierras porque algunas personas comenzaron a escuchar las unas a las otras. La compasión siempre parte de escuchar” (pp. 161-162).

Dejando de lado las diversas opiniones sobre esta historia de Wallis y el papel que retrata de las esposas con relación a sus esposos, la realidad fundamental es que durante las décadas en que ocurrió este incidente, millones y millones de campesinos brasileños quedaron despojados de sus tierras en aras de los intereses y necesidades de la agroindustria y otras fuerzas del capitalismo nacionales e internacionales. De mediados de los años 1970 a mediados de los años 1980, hasta 15 millones de campesinos tuvieron que emigrar a las zonas urbanas de Brasil, sumándose a los vastos cinturones de miseria. A fines de los años 1980, se había concentrado tanto las tierras en Brasil que aproximadamente 5 por ciento de los propietarios de tierras contaban con dos tercios de las tierras y la mitad de ellos con 2 por ciento de las tierras. En la misma década, el ya bajísimo nivel de vida de las masas brasileñas y latinoamericanas cayó en más miseria y desesperación. El mismo fenómeno se está dando en todo el tercer mundo.

Escuchar y tener compasión no revertirá ni podrá revertir o parar este proceso, pues opera un factor mucho más exigente: las relaciones fundamentales del capitalismo en lo que

Lenin describió como la etapa imperialista, de capitales altamente monopólicos e internacionalizados, y las fuerzas impulsoras de la acumulación del sistema. Los ejecutivos de las grandes transnacionales, los bancos y demás organismos capitalistas grandes dicen que operan de esta forma, o sea tienen que desplazar constantemente a la población de la tierra y del empleo en países particulares y a nivel mundial, o otros que lo hacen mejor los dejarán fuera. Y tienen razón. Las masas del mundo no tienen futuro en este sistema pues éste las obliga a ir de un lado a otro y las utilizan y las descarta a su antojo. No tienen futuro mientras estén bajo la dominación del capital y la dinámica subyacente de acumulación y las instituciones políticas e instrumentos de poder político que construyen y usan para imponer este dominio del capital. Su único futuro es alzarse y tumbar y arrancar de raíz todo eso.

Esta verdad y su choque con las falsas promesas de gente como Wallis, por honradas que sean sus intenciones, quedan de manifiesto en la película de HBO que vi, “The Burning Season” [La temporada de incendios], sobre la vida de Chico Mendes, quien lucha con valor y heroísmo en esos años por los intereses de “su pueblo”, los pobres de las selvas de Brasil. Mendes abogaba por que se librara tal lucha con la no violencia y al final lo asesinaron a él, tal como a muchos más, los agentes de los finqueros y otros grandes capitalistas que explotaban y saqueaban la selva y sus habitantes.

La película me hizo acordar de quienes atacan y calumnian la lucha revolucionaria que se libra en el país vecino, la guerra popular dirigida por el Partido Comunista del Perú (que la prensa grande llama “Sendero Luminoso”), por el carácter violento de la lucha. De tales personas me pregunto: ¿cómo se puede conocer una historia como la de Chico Mendes y “su pueblo” y en general cómo se puede conocer la realidad de las masas de oprimidos de los países latinoamericanos y de todo el mundo, y no reconocer que esta realidad exige una guerra revolucionaria del pueblo? ¿Una guerra en que no sólo luchan sin organización, sin una estrategia, sino que cuentan con la organización y la dirección para que puedan luchar con fuerza contra el sistema opresivo dominante y derrotarlo de una manera sistemática, guiadas por la visión de una nueva sociedad sin explotación y opresión y de crear nuevas relaciones y de transformar al pueblo en el proceso de la lucha, tal como se está haciendo con la dirección del Partido Comunista del Perú? Decir, a nombre de la “esperanza” y “compasión”, que no se debe hacerlo así es negarle un futuro y compasión a esas masas, que forman la gran mayoría de la humanidad.

Lo mismo es cierto en el caso del plan de Wallis para forjar nuevas prioridades económicas y en particular para solucionar la destrucción económica que ha azotado las ciudades en Estados Unidos. En la sección “Comunidad, un base moral para la economía”, Wallis se pregunta: ¿Por qué se dice que la especulación en bienes raíces que desplaza a los pobres sea una inversión inteligente y no un comportamiento social inaceptable?”. En la sección “Reverencia, honrar la creación entera”, lamenta que “la mayoría de las principales corporaciones aún ven en el cambio concreto de la política ambiental una amenaza a sus ganancias” (pp. 167, 168).

Pero Wallis no capta que, mientras que la base y la fuerza directriz de la economía sigan siendo las relaciones de propiedad y la acumulación capitalistas, situación que *seguirá* en vigor hasta que se tumben el sistema del capitalismo y su dominio político, quienes hacen las inversiones en bienes raíces y fijan la política ambiental según los criterios que lamenta Wallis, en los hechos hacen *correctamente* sus cálculos de acuerdo a *las leyes económicas prevalecientes y determinantes*. Wallis dice que “el capitalismo de libre mercado viola la ética cuando el afán de ganancias abrumba a los demás intereses humanos o ambientales” (p. 27), pero no capta que no se trata de “cuando”, que en el capitalismo (sea el “libre mercado” o el capitalismo de estado tal como existió en la Unión Soviética desde los años de Jrushchov), el afán de ganancias es el “criterio principal” que *habrá* de imponerse a los demás intereses.

Puede que a Wallis le aborrezca lo que percibe como los excesos innecesarios del actual sistema político y económico, pero no reconoce que los “excesos” son una *parte integral* de ese sistema y que no se pueden eliminar o evitar sin arrancar de raíz el sistema entero. Wallis alaba y defiende un programa, que se apoya en buena parte en las iglesias, “de establecer proyectos de desarrollo económico comunitarios confiables que van más allá de las propuestas ‘de mercado y estado’ de generación de ingresos” (p. 225). Dejando de lado por el momento su incomprensión del sistema socialista (en sus referencias a las economías “estatales”), Wallis no comprende en absoluto la dinámica de la economía capitalista.

Los proyectos económicos comunitarios, cooperativos se llevarán a cabo en un ambiente económico condicionado por la dinámica de la acumulación capitalista y por la dominación del capital en gran escala. Estas fuerzas e intereses han modelado y siguen modelando el desarrollo económico en Estados Unidos y en el mundo y, es más, han provocado devastación en las ciudades de Estados Unidos. Hasta los pilares más poderosos de gran escala del capital no pueden ignorar las leyes de acumulación del capital. Pregúnteles por qué han cerrado una tras otra planta en las ciudades y por qué siguen “agilizando y eficientando” sus operaciones y “reduciendo” la planta de trabajo en Estados Unidos y en el mundo, y responderán con cara de palo que “no tenemos otra opción en el mercado mundial competitivo de hoy”.

¿Cómo es posible revertir o superar esta situación sin tumbar y a la larga romper con las relaciones subyacentes y con el proceso de la economía capitalista? ¿Y cómo se puede hacer sin tumbar las estructuras e instituciones políticas que conservan e imponen estas relaciones económicas subyacentes? Ante tal realidad, sobresalen marcadamente las limitaciones de la visión de Wallis.

Tal vez la expresión más concentrada de lo que tiene de mal el punto de vista de Wallis sea su discusión de la mujer, el patriarcado y la familia. Una vez más, la parte titulada “Patrones de desigualdad, explotación de las compañeras”, contiene denuncias contundentes de algunos de los aspectos más espantosos de dicha explotación, como el

saqueo sexual de mujeres por soldados estadounidenses en países como Filipinas, así como la muy generalizada violación y agresión contra la mujer en Estados Unidos. También ilustra gráficamente la inseparable conexión entre “el sexismo y la publicidad” en la economía y cultura de Estados Unidos. Sin embargo, cuando Wallis se propone examinar “La estructura del sexismo” y sentar bases para comprenderla y atacarla con los valores bíblicos, se ve obligado a retroceder y a defender o aceptar buena parte de esa estructura de opresión.

Wallis dice que “el problema entre el hombre y la mujer no es por la sexualidad sino por la desigualdad de poder”. Menciona “el patrón subyacente y motor” de la violencia contra la mujer y dice que “El nombre de ese patrón es el patriarcado: la subordinación de la mujer al hombre. . . el control de la mujer. . . ha sido la característica dominante del patriarcado desde los primeros tiempos. . . . Al igual que los esclavos, la mujer fue convertida en propiedad, la propiedad del hombre” (pp. 104-105, 106-107). El problema es que la fuente a que recurre Wallis para guiarse y oponerse a la opresión patriarcal, la *Biblia*, es en sí un *importante pilar* de dicha opresión. Eso queda absolutamente claro en los primeros cinco libros de la *Biblia* (los libros de Moisés), así como en el resto del Viejo Testamento y a lo largo del Nuevo Testamento, y muy patentemente en la Epístola de Pablo, generalmente considerado una de las figuras más importantes e influyentes del Nuevo Testamento y de la religión cristiana en su etapa inicial y formativa.

La subordinación de la mujer a su esposo, y a los hombres en general, es algo que la *Biblia* predica y da por sentado. Además, en muchas partes, especialmente en los capítulos y libros donde están los Diez Mandamientos y la ley mosaica, en vez de prohibir la adquisición de mujeres como esclavas y como botín de guerra y objetos de saqueo sexual, eso se ordena y decreta (véase, por ejemplo, Éxodo 21, Deuteronomio 22 y Jueces 21).

Esta *profunda* contradicción —que Wallis quiera ver el fin de la opresión patriarcal y la desigualdad de la mujer, y al mismo tiempo quiera defender la moral y las reglas que formula la *Biblia* y la “tradición judeocristiana”, que encarnan y refuerzan esa opresión patriarcal y desigualdad— se manifiesta en todo el discurso de Wallis sobre el patrón de la desigualdad sexual y se destaca agudamente cuando habla sobre el aborto, que correctamente identifica como uno de los principales “campos de batalla” en Estados Unidos (y otros países) hoy.

Wallis escribe que él y sus compañeros de la revista *Sojourner* “han abogado a favor de los derechos e igualdad de la mujer” y que al mismo tiempo “hemos defendido el valor sagrado de la vida humana, a partir de nuestras raíces religiosas y nuestro compromiso al pacifismo”. Y concluye: “Esos dos valores — los derechos de la mujer y la santidad de la vida — se han vuelto los polos antagónicos de nuestro discurso público” (p. 109).

Una vez más, y característicamente, Wallis quiere eliminar ese antagonismo por medio de

la reconciliación (quiere “bajarle el volumen a la retórica” de lo que para él son dos posiciones “extremas”) y dice que “necesitamos respuestas a las inquietudes de ambos lados” (pp. 109, 110). Pero, ¿qué quiere decir que una persona que dice oponerse a la opresión patriarcal, describa la firme defensa del derecho de la mujer al aborto, y la oposición apasionadamente combativa a quitarle ese derecho como “extrema”? Quiere decir que la oposición de esa persona a la opresión patriarcal es, en el mejor de los casos, incompleta e incongruente. Tal es el caso de Wallis.

Como hemos señalado muchos de los que defendemos el derecho de la mujer al aborto “a solicitud y sin tener que pedir disculpas”, el derecho de la mujer a decidir cuándo quiere hijos —el derecho a no tener hijos contra su voluntad— es tan fundamental como el derecho de los negros a no ser esclavos. Pedir la reconciliación sobre problemas y derechos tan fundamentales como ése sólo les conviene a los que quieren esclavizar y negar esos derechos fundamentales. Y a eso es precisamente lo que Wallis contribuye cuando dice que no se debe prohibir judicialmente el aborto en todas las circunstancias, pero que tampoco debe ser un derecho inalienable ya que (citando a la “feminista Shelley Douglas”) “es ‘casi siempre un mal moral’” (p. 110).

Debido al hecho fundamental de que lo que existe en el cuerpo de la mujer, desde el momento en que se embaraza hasta que termina el embarazo, no es un “bebé” o “niño” completo sino un *feto* en desarrollo, una parte integral del cuerpo y funcionamiento físico de la mujer —el cual tiene el *potencial* de ser un ser humano independiente aunque *todavía no lo es*— Wallis falla cuando busca justificar su posición sobre el aborto recurriendo al “valor sagrado de la vida humana”, basándose en la tradición bíblica. Wallis menciona con aprobación a “ciertas mujeres que tienen una ética coherente de la vida, que ve la amenaza de las armas nucleares, la pena capital, la pobreza, el racismo, el patriarcado y el aborto como parte de un tejido inconsútil de intereses interconectados y entretnejidos sobre el valor sagrado de la vida” (pp. 109-110, énfasis en el original). Pero la verdad es que la *Biblia* y la “tradición judeocristiana” no sientan las bases para ese “tejido inconsútil”.

Como señalé en mi crítica a *Virtudes* de William Bennett, el sexto mandamiento, leído en el contexto de la “ley mosaica” de que es parte, significa que se prohíbe matar a una persona a no ser que “La ley” o “el Señor” lo consideren justo y necesario. Es más, la *Biblia* urge matar por muchas razones, y hay muchos casos en que esas matanzas serían consideradas hoy perversas y atroces por casi todos, por más que la *Biblia* las celebre. (Véase, por ejemplo, Éxodo 32:16-28, Éxodo 21:17 y Deuteronomio 21:18-21.)

Lo que eso refleja es que en todas las sociedades humanas, incluso aquellas en las que surgió la *Biblia*, quitar la vida humana —así como el aborto de un feto, que es una forma de vida, si bien todavía no es un ser humano separado— siempre será juzgado por la sociedad según el criterio de cómo afecta a esa sociedad en un sentido general. Además, donde la sociedad está dividida en grupos sociales —y muy especialmente en clases— el

punto de vista que predominará sobre esos problemas es el de la clase que tiene una posición dominante en la economía y que por ende domina la vida política, cultural e intelectual de esa sociedad.

Las sociedades que la *Biblia* refleja y defiende son sociedades en las que la esclavitud y otras formas de explotación y opresión, como la opresión patriarcal de la mujer, así como la rivalidad y saqueo entre diferentes naciones e imperios, son elementos integrales e indispensables, y la manera que la *Biblia* ve el quitarle la vida a alguien es un reflejo de eso.

Por tanto, si bien la *Biblia* no puede justificar la posición del “tejido inconsútil”, sí justifica o explica diversas formas, incluso las más extremas, de opresión y saqueo, como la de la mujer. Mientras uno siga aferrándose a la *Biblia* y su visión moral —a los “valores centrales, derivados de nuestras tradiciones religiosas y culturales”, como dice Wallis— jamás podrá luchar cabalmente por la abolición de todas las formas de opresión, arrancar de raíz todas las relaciones económicas y sociales que esclavizan y explotan, con sus correspondientes instituciones políticas y expresiones ideológicas. En última instancia, solo es posible librar y ganar una lucha así de cabal y verdaderamente revolucionaria si se rompe con esa visión, esas tradiciones y “valores tradicionales”.

Wallis quiere trascender el liberalismo y el conservatismo, combinando lo que considera los aspectos positivos de ambos y rechazando sus errores: ese es el terreno común y la reconciliación que busca. Critica a tipos como el televangelista Pat Robertson por decir que el feminismo atenta contra la familia y que lo central es preservar el “control del hombre”; por su parte, Wallis predica “valores familiares sanos”, “restaurar la integridad de la familia, el matrimonio y la crianza de los hijos. . . pero de tal forma que asegure la dignidad e igualdad de la mujer” (pp. 108-109). Wallis se da cuenta de que “Hablar de valores familiares es una forma velada de pregonar el regreso a las estructuras patriarcales del pasado” (p. 108). Pero no ve, o no quiere ver, que la familia nuclear en sí siempre ha sido un instrumento de opresión patriarcal (ignora, o no reconoce, la importancia del hecho de que la palabra “familia” proviene de la antigua institución romana en que la cabeza de familia tenía poder de vida o muerte sobre su esposa, hijos y esclavos).

Como demostró Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, la familia surge al mismo tiempo que la apropiación privada de excedentes y la división de la sociedad “comunal primitiva” en clases antagónicas. Surge de una simple división del trabajo que tiene que ver con la procreación y crianza de los hijos: una división que, en las sociedades “comunales primitivas” no constituía en sí una relación opresora, pero que pasa a serlo, y sigue siéndolo, cuando aparece la riqueza acumulada privadamente, en particular la propiedad de la tierra y los medios de producción, que los dueños tratan de pasar de una generación a otra de su progenie (en particular, su progenie masculina). Ante esa situación, la división del trabajo entre el hombre y la mujer inevitablemente

lleva al dominio y control del hombre; esa es la base material e histórica del patriarcado y de la opresión de la mujer.

En última instancia, la única manera de alcanzar plenamente la “dignidad e igualdad de la mujer” es por medio de la transformación revolucionaria de la sociedad, o sea, por medio de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la eliminación de las diferencias de clase y la eliminación de la división opresora del trabajo en todas sus manifestaciones. En resumen, solo la revolución comunista representa el camino a la emancipación de la mujer.

Eso no quiere decir que los comunistas propongan la abolición inmediata de la familia nuclear, pues eso es algo que solo se puede lograr, en la sociedad y en el mundo entero, cuando se hayan alcanzado ciertas condiciones materiales y objetivas, como la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la producción de mercancías (la producción de cosas para venta y compra), y con ello la abolición de las relaciones monetarias y del dinero en sí. A lo largo del proceso revolucionario que busca crear esas condiciones materiales e ideológicas para el comunismo, se tiene que librar una lucha para superar y extirpar continua y cada vez más completamente las relaciones de desigualdad y opresión que encadenan a la mujer; para promover relaciones personales, familiares y sexuales que se basen en amor y respeto mutuos y en igualdad entre hombres y mujeres; y para desarrollar cada vez más métodos que permitan a las masas llevar a cabo con esfuerzos cooperativos de hombres y mujeres las funciones que hoy están centradas en la familia y que en particular son una carga para la mujer.

Cuando se haya tumbado el orden opresor existente, será posible dar un gran salto en esa dirección y será posible empezar a crear relaciones sociales completamente nuevas y nuevas formas de pensar, a nivel social. Tenemos que declarar con audacia que nuestra meta final incluye la abolición de la familia nuclear, como parte clave de la completa abolición de la opresión de la mujer, de una vez por todas.

Wallis se contenta con mucho menos, y a pesar de su aparentemente muy sincera preocupación por el oprobio y opresión que sufre la mujer, no ha sido capaz (hasta hoy) de romper con el punto de vista tradicional de la familia y de las relaciones entre el hombre y la mujer. Como consecuencia, sus ideas al fin y al cabo tienen mucho en común con las de los paladines más abiertamente reaccionarios del patriarcado y las relaciones de opresión y explotación en general, como por ejemplo Pat Robertson y la Coalición Cristiana. Cuando se captan las implicaciones de esto, no es tan sorprendente que alguien como Wallis (que habla con tanta elocuencia sobre la agonía y el tormento que viven los pobres y los oprimidos, y lo contrasta con la autoindulgencia de los privilegiados) pueda abogar por una (re)conciliación con los peores opresores y atormentadores.

A eso lleva el intento de Wallis de trascender el liberalismo y el conservatismo. Para él, los liberales se preocupan solo de causas y problemas sociales, y los conservadores solo

de la responsabilidad moral personal; ambos tienen la razón y ambos se equivocan (pp. 20-22). Se podría decir que los liberales por lo menos tienen un poco más de razón, puesto que su posición (según las palabras de Wallis) se ajusta más al principio fundamental de que en un sentido general, como dice Marx, el ser social es lo que determina la conciencia y no al revés. Mejor dicho, en la relación entre las ideas, los valores y la moral, por un lado, y las relaciones sociales y económicas, por el otro, estas últimas son decisivas en un sentido general, aunque las ideas pueden desempeñar un papel muy importante en la lucha para transformar las condiciones sociales.

El verdadero problema de la posición liberal es que no reconoce (es más, rechaza) que solo con el derrocamiento revolucionario del orden imperante y la subsecuente transformación cabal de la sociedad para abolir la explotación y la opresión (lo que incluye la acumulación privada de la riqueza producida socialmente, la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, y todas las divisiones sociales opresoras) se podrán arrancar de una vez por todas las causas fundamentales de los problemas sociales. Y, de hecho, solo a través de ese proceso y de la lucha revolucionaria para impulsarlo, se podrán revolucionar de lleno las ideas y los valores: repudiar el avance individual a expensas de los demás, y poner el bien común de la sociedad y la humanidad por encima de los intereses estrechos y personales.

Por incapacidad o renuencia a ver eso, y por aferrarse a los “valores tradicionales”, y en particular, a la tradición profética de la *Biblia* y la “espiritualidad profética” (p. 44), Wallis no ve correctamente la naturaleza fundamental y las limitaciones del liberalismo, y tampoco ve la verdadera naturaleza y el papel del conservatismo. Wallis dice que: “el mejor impulso del conservatismo es recalcar la iniciativa individual y la responsabilidad moral. Pero debido a su apego a las instituciones de riqueza y poder, su preferencia por el orden establecido, y su carencia de una fuerte responsabilidad ética y social, el conservatismo prácticamente ha abandonado a los pobres y desposeídos” (p. 22).

Pero no se da cuenta de que hay una conexión inseparable entre lo que él presenta como los puntos positivos y negativos del conservatismo, o sea, que moralizar sobre “la iniciativa individual y la responsabilidad moral” es simplemente una justificación y camuflaje, una forma de disimular y embellecer la más despiadada y criminal explotación y saqueo, que constituyen la base histórica y actual de la riqueza y el poder, así como el orden establecido opresor, que defiende y glorifica el conservatismo.

No es simplemente que el conservatismo y todo lo que representa ha “abandonado” a los pobres y desposeídos, sino que ha prosperado a partir de las condiciones que han condenado a la miseria más horrible a las masas populares de todo el mundo. Para ver eso basta con recordar un “hecho histórico” que menciona Wallis: la fundación de Estados Unidos a partir del genocidio y la esclavitud, y el hecho de que la opresión y explotación que asfixian la vida en Estados Unidos y en el resto del mundo han seguido siendo la fuente de la riqueza y el poder del sistema y la clase dominante de Estados Unidos.

Hay que decir sin pelos en la lengua que el conservatismo *no tiene* un “mejor impulso”; todos sus impulsos están condicionados por su intento de perpetuar su sistema y se encaminan a ese objetivo, con horribles consecuencias para la gran mayoría de la humanidad.

A quienes digan que estoy exagerando y usando un lenguaje extravagante, les pido que piensen sobre el profundo significado e implicaciones de la siguiente escena que vi por TV: una asamblea en la que Jerry Falwell, Pat Robertson y otros se pusieron a pedirle a dios no que perdonara a Ríos Montt, sino que fortaleciera al entonces dictador militar de Guatemala (que está tratando de recuperar el poder). Durante el gobierno de Montt, como en otros gobiernos guatemaltecos respaldados por Estados Unidos, se cometieron los crímenes más abominables y masivos contra el campesinado y otros sectores. Ahora se sabe que atrocidades como la siguiente, que describí en un libro hace 10 años, fueron generalizadas y ya no se puede seguir diciendo que no ocurrieron. Al leer esta descripción, piensen en el hecho de que mi intento de presentar el horror de lo ocurrido palidece ante la realidad:

“...en el vecino Guatemala, numerosos testimonios han documentado en los últimos años una y otra vez que cuando las tropas del gobierno toman un pueblo ejecutan a todos los que tengan edad de combatir y después se ocupan de asesinar brutalmente a los ancianos, violar y matar a las mujeres y rajarles la cabeza a los niños” (del Capítulo 1 de *Democracia: ¿Es lo mejor que podemos lograr?*).

Sin exagerar, esas son las cosas que el conservatismo ha apoyado en Guatemala y por todo el mundo, aunque tal vez una pasión especial motivó a Falwell y a Robertson a defender a Ríos Montt puesto que es un genocida “renacido”: un cristiano fundamentalista evangélico y reaccionario, como ellos. Pregunto: ¿Qué terreno común podrían querer tipos como Wallis con gente así y con las relaciones y valores sociales que representan?

Al mismo tiempo, la verdad es que en última instancia el liberalismo defiende las mismas relaciones y valores sociales; defiende, o por lo menos acepta, las mismas clases de atrocidades al servicio de esas relaciones sociales, aunque a veces vayan acompañadas de “dudas hipócritas y rectificaciones de poca monta” (como dice Lenin). En particular, cuando los liberales tienen el poder, como la actual administración estadounidense y las anteriores, no solo justifican esas relaciones de opresión y explotación sino que las hacen *cumplir* con poderío militar, violencia y atrocidades. Es imposible mencionar una sola administración estadounidense, ya sea liberal o conservadora, que no haya hecho eso y que no lo seguirá haciendo.

Por tanto, el afán de Wallis de trascender el liberalismo y el conservatismo, combinando lo que para él son los aspectos positivos de cada uno, lleva inevitablemente al fracaso y a posiciones insostenibles.

Wallis no parte de un análisis correcto de la relación entre el ser social y la conciencia; no comprende el papel decisivo de las fuerzas materiales subyacentes y de la dinámica que moldean las relaciones y los valores sociales, y que una y otra vez preparan el terreno para saltos revolucionarios y transformaciones de esas relaciones y valores sociales; no ve la verdad y el profundo significado del análisis de Marx de que toda la historia humana está, en un sentido fundamental, regida por el desarrollo de las fuerzas de producción sociales, pero que al mismo tiempo “toda la historia no es más que una continua transformación de la naturaleza humana” (*Miseria de la filosofía*). Por tanto, se empantana en construir, o reconstruir (“renovar”), morales universales y trascendentales “derivadas de nuestras tradiciones religiosas y culturales. . . valores básicos que perduran en nuestra conciencia colectiva” (p. 42), que en realidad representan una tradición, una larga historia, de explotación y opresión, pero que en la imaginación de Wallis pueden ser instrumentos de liberación, o por lo menos de reconciliación.

Con respecto a lo que dice Wallis de la trascendencia y reconciliación, recuerdo las contundentes palabras de Marx cuando critica al utópico reformador Proudhon:

“Pretende ser la síntesis y es sencillamente un error sintético.

“Quiere, como hombre de ciencia, estar por encima de burgueses y proletarios, pero solo es el pequeño burgués que oscila constantemente, zarandeado de un lado para otro, entre el capital y el trabajo, entre la economía política [burguesa] y el comunismo” (*Miseria de la filosofía*).

Si sustituimos la frase “hombre de ciencia” por “hombre de religión y espiritualidad”, la esencia de la crítica de Marx capta muy bien la posición de Wallis. Esa es la posición que lleva a Wallis a declarar: “Ya basta de nosotros y ellos”. Esa es una clásica expresión de las capas medias atrapadas entre las dos fuerzas antagónicas en el mundo de hoy, o sea, el proletariado y otras masas trabajadoras explotadas por un lado y, por el otro, los explotadores burgueses (junto con los explotadores feudales y otros explotadores precapitalistas); es típica de la resistencia de esas capas medias a tomar partido y aceptar el dominio de un lado u otro en ese choque antagónico.

Eso define la diferencia entre Wallis, que se describe como cristiano evangélico, y los Pat Robertson y Ralph Reed, que también se describen de la misma manera. Todos ellos citan las mismas escrituras y tradiciones religiosas, pero no sacan las mismas conclusiones (e incluso a veces sacan conclusiones opuestas), por la sencilla razón de que por lo general Wallis representa una posición pequeñoburguesa, aunque busca identificarse con los pobres y desposeídos, mientras que Robertson y Reed son representantes, en el sentido más abiertamente reaccionario, de la gran burguesía que domina y explota a los pobres y desposeídos y que saquea países enteros, en particular del tercer mundo. El problema de Wallis es que, sin importar sus intenciones e inclinaciones, mientras siga basándose en la misma tradición religiosa y moral, le concederá más y más terreno a tipos como Reed y

Robertson.

Wallis cree que la *Biblia* le da la prerrogativa de presentarse como el paladín de los pobres. En una sección de *El alma de la política* titulada “Conversión, la prioridad de los pobres”, Wallis explica con cuánta frecuencia el Nuevo Testamento y la *Biblia* en general mencionan a los pobres. Cuenta que “un seminarista entusiasta” (parte de un grupo, al igual que Wallis, que se puso a contar todas las alusiones de la *Biblia* a los pobres y los oprimidos) “encontró una vieja *Biblia*, agarró un par de tijeras y empezó a recortar todas las alusiones a los pobres. Se demoró mucho tiempo” (p. 149). Wallis continúa: “Yo llevaba esa *Biblia* llena de huecos cuando daba mis sermones. La alzaba bien alto sobre la cabeza de las congregaciones estadounidenses y decía: ‘Amigos míos, esta *es la Biblia* norteamericana, llena de huecos de todo lo que le hemos sacado’”.

Wallis concluye que “el Dios de la *Biblia* es el redentor de los pobres” (p. 151). Pero el problema es que, aunque la “*Biblia* llena de huecos” de Wallis puede ser muy útil para dar un toque dramático, predicadores reaccionarios como Robertson y Reed pueden usar la *esencia* de esa misma *Biblia* para algo más sustancial: defender y justificar la opresión y la explotación. La única esperanza de redención que ofrece la *Biblia* a los pobres es en otro mundo; así lo dicen claramente las “Bienaventuranzas” del “Sermón de la montaña”, para dar un ejemplo.

La *Biblia* no dice que en este mundo, y en todo el mundo, se acabará la pobreza y la división entre ricos y pobres. Basta recordar las palabras de Jesús: “pobres siempre tendréis con vosotros”. Lo que dice la *Biblia* es que hay que consolar a los pobres, y que los ricos y poderosos deben ser misericordiosos con los pobres y enfermos.

El libro de Isaías patentiza el hecho de que la *Biblia* no propugna la abolición de la pobreza y la opresión ni la eliminación de sus bases materiales, y naturalmente no indica cómo hacerlo. Este libro de profecías ocupa un lugar destacado en las fundaciones del cristianismo (se dice que era el favorito de Jesús y supuestamente autentica que Jesús es el Mesías); y quienes dicen que la *Biblia* y la tradición bíblica dan la base para actuar a nombre de los pobres y oprimidos, y para crear un mundo justo y pacífico, citan a Isaías con frecuencia.

Wallis va más allá: dice que la “visión profética” de Isaías justifica su “noción de justicia ambiental”: “Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahveh, como cubren las aguas el mar” (p. 179). En esta parte del libro de Isaías se profetizan cosas que supuestamente iban a pasar más o menos en su propio tiempo, hace miles de años: predice el ascenso de un nuevo reino en ese tiempo, gobernado por los descendientes de David, que uniría a Israel y Judea.

¿Y qué dice Isaías que hará ese nuevo reino? Atacará a los filisteos del oeste y saqueará al pueblo del este. ¡Esto no da mucha base para eterna paz y armonía! (Véase el capítulo

11 de Isaías.) Tampoco ofrece muchas posibilidades para una “justicia ambiental”: al final de este capítulo, se nos dice que Yahveh (“el Señor”) secará el golfo de Suez y hará que un viento ardiente seque el río Éufrates para que el pueblo de Israel pueda regresar fácilmente a su tierra prometida. Como si no fuera suficiente, en el capítulo 24 dice que Yahveh va a devastar y estragar la tierra: se marchitará, se amustiará, se marchitará el cielo con la tierra, por una maldición de dios. Asimismo, el capítulo 34 dice que los ríos de Edom se convertirán en torrentes de pez y el polvo en azufre. Isaías está lleno de pasajes así.

Isaías contiene el famoso pasaje sobre la paz duradera en que las naciones “Forjarán de sus espadas azadones” (Isaías 2:1-4); pero esa paz será el producto de exaltar al pueblo escogido de dios y de aplastar y matar a sus enemigos, como dice en los pasajes mencionados.

Quizá sea necesario dar unas pocas citas más para que no quede duda de lo que realmente se dice aquí, así como de lo sanguinario que es. Al describir cómo será el castigo de Babilonia, Isaías relata el mensaje de Yahveh: atacará a Babilonia, la arruinará y no quedará ningún sobreviviente. Ni siquiera los niños se salvarán (serán estrellados) y las mujeres serán violadas y masacradas (Isaías, capítulos 13 y 14). Hacia el final de este libro, Yahveh proclama, por medio de Isaías, que hará que los opresores de Israel se maten entre sí, que se embriaguen de sangre, para que toda la humanidad sepa que Él es el Señor, que es el poderoso dios de Israel (Isaías, 49:25-26).

Los pasajes de Isaías prácticamente chorrean sangre; está lleno de pasaje tras pasaje como estos.

Las palabras de Isaías sobre ayudar a los pobres y a los oprimidos no se pueden tomar fuera de su contexto general, en abstracto. Por ejemplo, en el capítulo 16 dice que la opresión y la destrucción acabarán, pero como parte del ascenso de Israel, que subyugará a sus antiguos opresores y los convertirá en esclavos. Por lo que todos verán la paz ¡y prorrumpirán en aclamaciones! (Isaías 14:1-7)

Vaya, realmente es extraordinario que alguien proponga a Isaías (o en general la “visión profética” de la *Biblia*, o su orientación general) como base para la paz eterna de la humanidad, igualdad entre naciones y entre hombres y mujeres, y justicia para los pobres y los oprimidos. Pero, por forzado e imposible que eso sea, es lo que tienen que hacer quienes sienten compasión por los pobres y oprimidos, quienes desean la paz, pero no se animan a romper con las mismísimas tradiciones y moral (y, fundamentalmente, con las subyacentes condiciones materiales y relaciones sociales) que esclavizan a las masas del mundo y que impiden que la humanidad avance a la etapa en que superará la división de la sociedad en clases y del mundo en naciones, con lo que la paz duradera será posible.

La ruptura radical que caracteriza a la revolución comunista —una ruptura con las

relaciones de propiedad tradicionales y con las ideas tradicionales— es lo que objetivamente tienen ante sí personas como Wallis (y es más, la humanidad entera). La resistencia de Wallis a hacer esa ruptura está ligada con el hecho de que, aunque ve y le conmueven la pobreza y el sufrimiento, no reconoce (como Marx dijo de Proudhon) “el aspecto revolucionario destructivo” de la pobreza, “que derrocará la vieja sociedad” (“De Marx a Sweitzer”, 24 enero 1865).

Las declaraciones contra el comunismo que se hallan en *El alma de la política*, que se caracterizan por una superficialidad y ese pesimismo que pulula en la teología cristiana occidental, son típicas de la pequeña burguesía. Para ser directos, se fundamentan en gran parte en la burda desinformación y los prejuicios que propagan de manera constante y amplia las principales instituciones de la sociedad burguesa (los políticos y las estructuras políticas así como las iglesias, el sistema educativo y los medios informativos) y a que los pequeños burgueses están muy susceptibles. Wallis dice:

“El comunismo cayó por fin bajo el peso de su propia hipocresía, represión y fracasos. La Revolución de Agosto de 1991 en la Unión Soviética [se refiere a los sucesos que pusieron al mando al gobierno de Boris Yeltsin] derrocó irrevocablemente la Revolución de Octubre de 1917 y abrió de inmediato espacios para mejores alternativas en un mundo atrapado en el hielo ideológico de la Guerra Fría, un mundo que soporta la pobreza moral de tener solamente dos opciones. . . .

“El comunismo cayó debido a sus propios fracasos y no al cacareado triunfo del Occidente (si bien la costosa contienda de la carretera armamentista contribuyó a quebrar a los soviéticos, lo que era una táctica deliberada de Estados Unidos). El fracaso del comunismo marxista fue principalmente ético, hasta teológico [¡vaya!]. El comunismo sobreestimó exageradamente la medida en que se podría cambiar la humanidad de pies a cabeza mediante la ingeniería social obligatoria, y subestimó fatalmente la corruptibilidad de la autonombrada élite que llevaría a cabo la tarea utópica. El comunismo se asfixió fatalmente porque no tomó en cuenta la realidad de que aparte de radicar en las estructuras, el mal radica en el corazón humano. La ideología suplantó a la ética: mostró una terrible disposición a sacrificar un sinnúmero de seres humanos en el altar de la necesidad ideológica. La ineficiencia del sistema agravó su fracaso moral” (pp. 25-26).

El análisis de Wallis contiene tantas capas de tergiversación (casi cada oración de esta cita es un error compuesto) que es imposible desentrañarlo y diseccionarlo sin hacerlo en mucho detalle. Además, el porqué y el cómo se dieron marcha atrás y se convertirán en su opuesto las primeras revoluciones socialistas y los primeros estados socialistas, primero la Unión Soviética y luego China, es un tema muy amplio que requiere un resumen y síntesis global y omnímoda. Muchos integrantes del movimiento revolucionario mundial, y los maoístas en particular, han prestado mucha atención al tema y escrito muchos textos al respecto; y, si bien seguimos luchando por comprender más profunda y más globalmente el tema, ya ha sido posible hacer un análisis sustancial y

básico. Al rendir un veredicto sobre “el fracaso del comunismo marxista”, Wallis o ignora todo eso o lo ha ignorado a propósito.

Sintetizaré los puntos más importantes refutando el veredicto de Wallis y el carácter general de la confusión anticomunista que representa. Sobre esa base, podremos tratar los principios comunistas, sobre todo en la moral y la ética comunistas.

Primero, Wallis combina los sucesos recientes en lo que era la Unión Soviética, del ascenso de Mijaíl Gorbachov a la desintegración de la Unión Soviética y de su bloque en Europa del este, con la revocación de la Revolución de Octubre de 1917 y la sociedad socialista que engendró. Y combina la experiencia de la Unión Soviética, filtrándola y tergiversándola con sus propios prejuicios ideológicos, con la experiencia de la revolución socialista y la sociedad socialista en general.

La verdad, producto del análisis concreto de los maoístas a partir de Mao a fines de los años 1950, es que el derrocamiento del socialismo en la Unión Soviética y la colocación de la sociedad soviética sobre cimientos capitalistas se iniciaron con el ascenso al poder de Jrushchov y sus secuaces y los partidarios de Jrushchov en la dirección de la Unión Soviética continuaron y desarrollaron el proceso. Jrushchov y compañía no eran comunistas, sino revisionistas: falsos comunistas que arrancaron el corazón revolucionario al comunismo marxista, rechazaron la necesidad de una revolución para derrocar el viejo orden y de continuar la lucha revolucionaria de las masas en la sociedad socialista, en unión con los oprimidos del mundo, para transformar radicalmente la sociedad y eliminar las raíces de las diferencias de clase y las relaciones sociales opresivas por todo el mundo.

Mao resumió concisamente: el ascenso al poder del revisionismo es el ascenso al poder de la burguesía, pues lleva a la restauración capitalista y es el paso decisivo en esa restauración. Aunque hasta hace poco negaban y disfrazaban este capitalismo en la Unión Soviética, que operaba principalmente en la forma del capitalismo *de estado*, no “de mercado”, desde el ascenso de Jrushchov, los principios económicos capitalistas, sobre todo, “las ganancias al mando”, mandaban las relaciones políticas, sociales y económicas capitalistas.

Tras la muerte de Mao, se ha dado en China el mismo proceso, la toma del poder por los revisionistas en la cúpula del Partido Comunista y la restauración del capitalismo bajo su mando, aunque el proceso y la tremenda lucha para combatirla e impedirla han sido muy distintos a lo ocurrido en la Unión Soviética, por ejemplo, el hecho de que hasta ahora la restauración capitalista en China ha seguido disfrazándose de falso “comunismo”. Mao dirigió la transcendental lucha de masas contra Deng Xiao-ping y sus secuaces y todo lo que representan, y advirtió repetidamente que si gente de esta ralea subiera al poder, sería relativamente fácil que tumbaran el socialismo y montaran el capitalismo.

Por lo tanto, las primeras revoluciones socialistas y los primeros estados socialistas no “fracasaron” sino que fueron *derrotados* por fuerzas que siguen siendo muy poderosas en las etapas aún muy preliminares de la lucha histórico-mundial por avanzar de la época de la dominación mundial del capitalismo a la época del comunismo mundial. Las causas básicas de esta restauración no son “teológicas” en absoluto; son muy concretas y se basan en las contradicciones básicas que caracterizan el mundo en este momento histórico. Decir que la restauración se debe a fallas intrínsecas del comunismo dista aún más de la verdad que decir que hoy el cristianismo no es la religión dominante en Turquía debido a un defecto fundamental de la teología cristiana, y no a sucesos muy terrenales, como las Cruzadas. O, decir que el cristianismo, y no la antigua religión de los aztecas, es la religión dominante en México debido a la superioridad teológica intrínseca de la primera sobre la última, y no las acciones de Cortés y los Conquistadores y de los posteriores conquistadores colonizadores. (O decir que el cristianismo, no las diversas religiones africanas, es la religión dominante en la población afroamericana debido a que el cristianismo es una religión mucho mejor que los credos africanos y no al secuestro de los africanos, su traslado como esclavos a las Américas y a que los propietarios de los esclavos los obligaron a seguir el cristianismo.)

La experiencia de la revolución socialista y de la sociedad socialista, como sintetizó Mao en su precursor análisis, ilustra que con el derrocamiento del viejo orden, sobre todo en el caso de uno o unos cuantos países que están cercados por las potencias imperialistas y de los estados que conforman sus “esferas de influencia”, las masas populares y su dirección revolucionaria deben abordar de manera simultánea las tareas difíciles y complejas de la transformación socialista de la sociedad y, a partir de eso, desencadenar las fuerzas productivas de la sociedad, y a su vez defender la revolución y sus logros en contra de los enemigos, internos e internacionales, y apoyar las luchas revolucionarias de los oprimidos en todo el mundo.

En esta lucha, es necesario tratar correctamente las condiciones y las contradicciones que quedan de la vieja sociedad, tales como la gran división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual y otras importantes contradicciones sociales, tales como las existentes entre los hombres y las mujeres y entre las diferentes nacionalidades, y la manifestación de estas contradicciones en la superestructura ideológica y política de la sociedad (las instituciones políticas y las formas culturales así como las tradiciones y el modo de pensar que han adquirido la “fuerza de la costumbre” en la sociedad). Es necesario dar pasos constantemente para superar y eliminar todas las disparidades que descansan en estas contradicciones y a la vez poner en juego todos los factores positivos para construir el socialismo e impulsar la transformación revolucionaria de la sociedad y del mundo entero.

De acuerdo al balance maoísta de esta experiencia, para continuar esta lucha, es necesario combatir y vencer la implacable resistencia y abierta agresión de los explotadores derrocados de la vieja sociedad y las fuerzas del imperialismo internacional, y también

los explotadores emergentes, sobre todo en los altos niveles de la dirección comunista que crecen en el suelo de estas contradicciones que el viejo orden “legó” a la sociedad socialista. Por ende, lo que llama la atención no es que las primeras tentativas de continuar la revolución socialista, tras el derrocamiento del viejo orden, hayan sido derrotadas, sino de que las masas populares que se han desencadenado mediante esta revolución llevaran a cabo tales avances verdaderamente trascendentales en la transformación de la sociedad y del mundo, en las narices de tal poderosa y asesina oposición, en las primeras jornadas de la batalla por el futuro comunista.

Los comunistas, que han dirigido estas (y muchas más) luchas revolucionarias, están conscientes de los horribles actos que los seres humanos son capaces de realizar en ciertas circunstancias. En estas luchas, los comunistas, con las masas revolucionarias, han vivido la terrible devastación y matanza que han llevado a cabo algunos de los opresores más horribles de la historia, entre ellos los imperialistas japoneses que ocuparon a China, los imperialistas nazis que invadieron a la Unión Soviética y los imperialistas estadounidenses que han procurado imponer el “Siglo Norteamericano” (o, hoy, el “Nuevo Orden Mundial”) sobre los pueblos de todo el mundo, con la destrucción y atrocidades más bárbaras.

Pero, a diferencia de Wallis, los comunistas captan la profunda verdad de que estos actos no son el producto de una propensión innata al mal que “reside. . . en el corazón humano”, o sea, un defecto inalterable e inmutable de la “naturaleza humana”. Son la extensión de las relaciones sociales y económicas subyacentes y, en esta época, son resultado de la extrema compulsión con que la dinámica de la acumulación y la competencia del capitalismo rigen a las clases dominantes del mundo capitalista, que controlan las arterias económicas y las estructuras políticas, los instrumentos de influencia ideológica y cultural y los aparatos y arsenales militares de destrucción masiva del orden imperialista capitalista.

Por ejemplo, en China, los comunistas, con las masas populares, atestiguaron y vivieron las atrocidades que cometieron los ocupantes japoneses; tuvieron que vivir en una sociedad (bajo la dominación de los imperialistas estadounidenses, británicos, japoneses y de otros países) en que los campesinos sufrían tanta pobreza que tuvieron que pasar las noches en vela para impedir que sus vecinos u otras personas entraran y se robaron los pocos cultivos que tenían; en que con frecuencia mataron a las recién nacidas porque les consideraban de menos valor que los recién nacidos y una carga muy pesada para la familia, y muchas veces, para que sobreviviera la familia vendieron sus hijos en la prostitución o esclavitud. Con la dirección de los comunistas, las mismas masas pobres pudieron levantarse y eliminar estas cosas y llevar a cabo transformaciones sociales más trascendentales mediante el trabajo cooperativo y la lucha revolucionaria (si bien, hoy, bajo los revisionistas, las viejas relaciones y horrores, como el infanticidio de niñas, están de regreso).

La acusación de Wallis, de que los comunistas mostraron “una terrible disposición a sacrificar un sinnúmero de seres humanos en el altar de la necesidad ideológica” es tan tercamente errónea como el resto de su análisis del comunismo. Por ejemplo, ¿cómo ve Wallis la necesidad de prepararse para una guerra de resistencia contra la invasión nazi de la Unión Soviética y luego librarla, una invasión que Hitler llevó a cabo con una vileza y destructividad que no ejerció en las campañas en el Occidente? ¿Como una especie de “necesidad ideológica” abstracta o una necesidad *práctica* crucial y muy terrenal? Y, aparte de los errores serios que cometió Stalin en la dirección de esta guerra de resistencia, y en otros frentes en la construcción y defensa de la Unión Soviética, la ideología comunista era el factor motriz decisivo que adecuó a la población soviética para librar y a la larga ganar la guerra en las condiciones casi inimaginables de privación y degradación a manos de los nazis.

En cuanto al sacrificio de vidas, el elemento más sobresaliente de la guerra, y de las guerras y luchas revolucionarias en general en que dirigen los comunistas, es el espíritu desinteresado y práctica de *autosacrificio* de los comunistas, que han ofrendado decenas, quizá cientos de millones de seres por convicción ideológica, convicción que representa la determinación de derrocar y eliminar las condiciones y las causas de la explotación, opresión, agonía y tormento a que someten a las masas del mundo las relaciones tradicionales de propiedad e ideas tradicionales con que Wallis, al menos hasta ahora, no ha podido romper.

Wallis dice que, en el caso de los comunistas, la ideología ha “suplantado a la ética” y que los comunistas han “violado la ética por necesidad ideológica” (pp. 25, 27). Piensa que puede haber y hay una ética universal trascendental que está por encima y separada de la ideología. (“¿No es hora de dejar de discutir sobre la ideología y comenzar a hablar en términos del bien y el mal?” — p. 29.) Los comunistas no “suplantán” a la ética con la ideología. La ética y la moral comunistas *son una expresión* de la ideología comunista, al igual que los otros valores morales y éticos son expresiones de *otras* ideologías. Wallis no capta la verdad fundamental de que *toda* ética y moral es expresión de una u otra ideología y que en la sociedad de clases toda ética y moral es expresión de la ideología *de una u otra clase*.

Como señaló Mao, en la sociedad de clases cada quien es miembro de una u otra clase y cada modo de pensar, sin excepción, representa el punto de vista de una u otra clase. ¿No representa el punto de vista que se expresa en el libro de Isaías intereses de clases muy concretos? ¿Y no representa el punto de vista que expresa la *Biblia*, en su conjunto, intereses de clase muy concretos y no es una extensión de relaciones sociales muy concretas en una época histórica particular? ¿No explica este hecho por qué “El Señor” de Isaías puede cacarear que aniquilará a los enemigos de Israel, convertir a los opresores de Israel en esclavos del mismo y así hacer que maten a golpes a bebés y violen a mujeres? (Aparte del hecho de que los comunistas no se dicen dios, ¿ha escuchado Wallis u otra persona que un comunista proponga o defienda actos tan atroces y

verdaderamente horrorosos como los que “El Señor” de Isaías y la *Biblia* proclaman?!)

¿No es la idea de que es justo y correcto acumular propiedad privada y riqueza mediante otras personas en la forma de trabajo asalariado, un derecho que se defiende y se protege en la Constitución estadounidense y en su aplicación en la historia (dejando de lado su aprobación inicial del “derecho” de tener esclavos), no es esta “ética” una expresión de un punto de vista de clase específico? Y, cuando se propone reconciliar los intereses y posiciones de clase en oposición antagónica (la reconciliación con la libertad y la justicia para todos), ¿no es eso la expresión del punto de vista de una clase, específicamente esa clase, la pequeña burguesía, que se halla atrapada entre las dos principales clases en contienda en el mundo actual y que espera evitar un choque frontal entre estas fuerzas contendientes, aunque se haga a costa de conservar el orden existente con la despiadada opresión de las grandes masas, de miles de millones de los de abajo en todo el mundo?

Como Mao también señaló, muchas personas de la pequeña burguesía aspiran al “amor universal por la humanidad” y cosas semejantes, aparte de la posición social y de clase, pero en los hechos nadie puede aplicar este principio en una sociedad dividida en clases. Si se practica el amor por las clases explotadoras, no es posible practicar el amor por los explotados y oprimidos por éstas. De fondo, todos deben elegir y cada uno elegirá tomar partido de uno u otro bando. No es posible eliminar con deseos ni mitigar en lo fundamental las divisiones de clases y antagonismos sociales, no se pueden superar adoptando *actitudes* no antagónicas y la ética de reconciliación, porque seguirán imponiéndose y ejerciendo influencia sobre las ideas y la moral. Es necesario abolir su expresión material, derrocarlos y arrancarlos de raíz mediante la lucha revolucionaria, y la moral y las ideas que deben señalar el camino hacia este objetivo serán aquellos de la ideología comunista, la del proletariado revolucionario, cuyo papel histórico es eliminar todas las diferencias de clase y sus manifestaciones ideológicas y sociales, en el mundo real y a nivel mundial.

Una gran ironía en que cae gente como Wallis es que el punto de vista y los prejuicios de su clase les impiden reconocer que, precisamente, solo en la sociedad socialista y con la guía de la ideología comunista puede haber realmente una “prioridad de los pobres”. Así se vio en la Unión Soviética bajo la dirección de Lenin y también, en su aspecto principal, bajo la dirección de Stalin: se hicieron enormes avances para superar la miserable situación de obreros y campesinos, y para superar las relaciones sociales opresoras y degradantes que causaban su sufrimiento material así como su “angustia espiritual”. Y eso se logró no con “ingeniería social de arriba para abajo”, sino por medio de la efervescencia y los levantamientos, cada vez más conscientes, de las masas de abajo, que rompieron los grilletes materiales e ideológicos que las esclavizaban y, sí, tumbaron y aplastaron a las clases y fuerzas sociales que se enriquecían con esos grilletes materiales e ideológicos y querían restaurarlos.

Esto se concretó a un nivel superior por medio de la revolución china y en la China

socialista, y especialmente en la Gran Revolución Cultural Proletaria. En esa sociedad en verdad todo — los servicios de salud, el sistema educativo, el desarrollo general de la economía, y el desarrollo de las instituciones políticas y de las expresiones culturales e ideológicas — ponía en primer lugar las necesidades de las masas pobres, en particular de los campesinos que constituían (y constituyen) la gran mayoría de la sociedad china.

Repitiendo, la ironía es que, en ausencia de una transformación revolucionaria de la sociedad dirigida por los comunistas, los esfuerzos por responder a las necesidades de los pobres solo se llevarán a cabo, a lo máximo, en puntos aislados de la sociedad (nunca podrán ser la “ética” o práctica predominante de la sociedad) y siempre serán acorralados, asfixiados y saboteados por las relaciones y prioridades dominantes de la sociedad, tal como es el caso hoy en países como Estados Unidos.

Pero más que eso (y aquí es donde se plantea fuertemente un reto a la visión de Wallis), el objetivo de la Revolución Cultural y en general de la revolución comunista en China no era simplemente hacer que el principio rector de la sociedad fuera “la prioridad de los pobres”, sino avanzar al punto en que, en China y en todo el mundo, *no haya más pobres*, en que la división entre pobres y ricos y todas las secuelas de la pobreza se eliminen y superen completamente. El hecho de que en China, así como en la Unión Soviética, temporalmente se haya parado y hecho retroceder ese avance histórico, y de que por el momento no haya ningún país en donde lograr esos avances sea el principio rector y la práctica, naturalmente es una fuente de alivio y de (falsa) esperanza para los representantes del viejo orden de explotación; pero no puede alegrar a nadie que realmente se proponga actuar y hablar a nombre de los pobres, de acuerdo con sus más altos intereses. Eso solo puede ser positivo como una fuente de lecciones cruciales, aunque dolorosas, que harán posible una lucha revolucionaria más cabal y poderosa para superar todos los obstáculos que impiden satisfacer esos altos intereses.

El punto de vista comunista que corresponde a dicha transformación revolucionaria (y que es necesario para lograrla) es radicalmente diferente a la “visión profética” y a la visión de los pobres que presenta Wallis. A fin de cuentas (esto se ve muy claramente hacia el final de *El alma de la política*), su visión de los pobres se reduce a la noción nada estimulante y francamente condescendiente de que el sufrimiento da dignidad. Bajo el título de “Contemplación, el viaje interior”, Wallis relata sus visitas a un cementerio de esclavos:

“A veces me siento un rato con esos hijos de Dios que conocieron tanto sufrimiento y dolor, pero que fueron llevados más cerca de su Creador de lo que llegaremos la mayoría de nosotros.

“Toda su vida esperaron una redención que no llegó. Pero en la espera y la esperanza, descubrieron una presencia y un poder que sus opresores nunca entendieron. . . .

“Los esclavos conocieron lo que es no tener poder, y entonces, descubrieron el poder que estaba más allá de ellos. . . .

“Lo que los esclavos nos han dejado es el fruto del sufrimiento redentor y el poder fundamental de no tener poder” (pp. 199-200).

Casi da vergüenza, pero más da rabia, leer esto. ¿Son los esclavos que retrata Wallis los mismos que hicieron más de 200 revueltas y levantamientos conocidos; los mismos que buscaron los medios a diario y continuamente de combatir a sus amos; los que nunca se resignaron a esperar pasivamente la redención; los que, cuando la Guerra Civil les dio una oportunidad, corrieron a unirse a cientos de miles a la guerra contra los propietarios de esclavos y lucharon con un valor increíble en las líneas del frente, a pesar de la discriminación dentro del ejército de la Unión, y ofrendaron la vida más que los soldados blancos (como lo retrata la película *Gloria*)?

Lo que menos necesitaban los esclavos (y lo último que necesitan hoy sus descendientes y los oprimidos de todo el mundo) es ese tal “sufrimiento redentor” y “el poder fundamental de no tener poder”. Por el contrario, lo que necesitan es acabar con el sufrimiento que se les impone y, para que eso sea posible, necesitan “el poder fundamental”. . . del *poder*.

Necesitan tomar conciencia de sus intereses y potencial revolucionario, y organizarse, para arrebatárles el poder político de la sociedad a sus opresores, para impedir que se vuelvan a imponer y, en última instancia, para eliminar las bases de la división de la sociedad en opresores y oprimidos. Y para que eso sea posible, necesitan adoptar la única ideología que corresponde a esa meta histórica y que ilumina el camino para llegar a ella: la ideología comunista.

En contraste con la visión condescendiente de las masas que en esencia propone Wallis, para el comunismo las masas y su papel en la transformación de este mundo (y en la eliminación de la necesidad de creer en otro mundo) son, como dijera poderosa y concisamente Mao, la fuerza motriz que hace la historia mundial y en ellas existe un entusiasmo inagotable por el socialismo.

Mao afirmó que para guiar a las masas primero es necesario aprender de ellas, pero aclaró que eso no quería decir seguirlas pasivamente. Mao entendía bien un punto muy profundo que Lenin recalcó: que las masas, a partir de su experiencia de opresión y de resistencia a dicha opresión tienen una gran cantidad de sabiduría; pero que, por otra parte, como viven en un sistema explotador, atrapadas en sus relaciones e instituciones opresoras y sometidas a su ideología que todo lo tergiversa y confunde, es natural que las ideas “espontáneas” de las masas estén fuertemente influenciadas y condicionadas por el punto de vista de la clase dominante (en la sociedad moderna, la clase burguesa).

Para manejar correctamente esa contradicción, Mao formuló el principio comunista conocido como la “línea de masas”. Mao lo resumió como “de las masas, a las masas” y explicó así su proceso: tomar las ideas de las masas y, aplicando la ciencia y el método del comunismo, concentrar lo correcto de esas ideas (lo que refleja correctamente la realidad objetiva y corresponde objetivamente a los intereses fundamentales de las masas); concretarlo en líneas y políticas que hagan avanzar la lucha de las masas hacia su emancipación; y unirse con las masas para aplicar dichas líneas y políticas con perseverancia. Esto es un proceso continuo, una espiral que nunca termina, que debe permear todo el trabajo revolucionario de principio a fin [Lea: Bob Avakian, “La teoría comunista científica y el problema con la ‘línea de masas’”, 29 de junio de 2023, en www.revcom.us.]

Mao también recalcó otro importante principio sacado de la experiencia histórica: las masas primero luchan y buscan una salida de su opresión, y después buscan una filosofía. Mao reconoció la enorme importancia de las ideas, sobre todo las ideas correctas, en la lucha revolucionaria y en el desarrollo humano histórico en general. Enfatizó el principio comunista de que las ideas pueden transformarse en materia y la materia en ideas; que las ideas correctas, que fundamentalmente se derivan del mundo material y se verifican en él, pueden ser una fuerza poderosa para transformar el mundo material cuando las masas populares las captan y las plasman en acción. Pero un elemento fundamental de este principio es que en la relación entre cambiar las circunstancias y cambiar a la gente (como Marx lo expresó), cambiar las circunstancias es lo básico y decisivo.

Mejor dicho, las masas populares solo podrán cambiar fundamentalmente su manera de ver el mundo y sus motivaciones básicas cuando asuman la lucha para rechazar y finalmente tumbar a sus opresores, y para transformar las condiciones y relaciones sociales que en última instancia moldean su ser y su conciencia.

Predicar sobre la “moral” y la “responsabilidad individual” no llevará a un cambio positivo (que beneficie a las masas) en la ausencia de esa lucha y de esa transformación de la sociedad. (Como comenté en mi crítica al libro *Virtudes* de William Bennett, las “alternativas” que se le presentan en la vida a diferentes personas son moldeadas por la posición que ocupan en las relaciones económicas, sociales y políticas que predominan en la sociedad y el mundo; por eso es que a la gente del ghetto y el barrio pobre se le presenta la “alternativa” de vender droga o de seguir pobre, y los campesinos de Tailandia tienen la “alternativa” de vender sus hijos a burdeles o a maquiladoras. . . alternativas que no tienen que considerar para sí o para su familia los representantes de la clase dominante imperialista yanqui, como Bennett.

Por otro lado, en el contexto de una lucha revolucionaria y de una transformación revolucionaria de la sociedad y del mundo, la moral y la ideología en general tienen un papel supremamente positivo y poderoso que desempeñar, siempre y cuando reflejen correctamente la realidad objetiva, en su movimiento y desarrollo, y correspondan a los

intereses fundamentales de las masas de transformar esa realidad objetiva.

En la sociedad contemporánea, se manifiesta fuertemente el deseo de una moral universal y trascendental debido, en gran medida, a que el mundo vive una gran transición, a la que en muchos casos la acompaña una crisis ideológica.

En Estados Unidos, mucha gente tiene una sensación de “deriva moral” y “decadencia moral”, lo que se relaciona con ciertos elementos importantes de esta transición, como la mayor participación de las mujeres de amplias capas sociales en la fuerza de trabajo y el impacto de este fenómeno en las relaciones tradicionales entre hombre y mujer y en las familias e importantes olas de emigración a Estados Unidos y el efecto de este fenómeno en la demografía de la sociedad, y el desplazamiento de grandes cantidades de obreros no calificados, sobre todo entre los negros y otros habitantes de las ciudades y la amenaza de tal desplazamiento en sectores más amplios de la población. Estos fenómenos se compenetrán con los “asuntos no resueltos”, sobre todo en la esfera de la cultura y la ideología, como la moral, que surgieron en “los años 1960” y que desde ese entonces se profundizaron y no se han resuelto.

Es importante reconocer que el “peso” de la “moral tradicional”, en tanto una moral trascendental que se ceba de la fuerza de la costumbre, ha aumentado en varias capas sociales en relación más o menos directa con las derrotas de las revoluciones socialistas en las últimas décadas, la tan cacareada “muerte del comunismo” y la confusión ideológica correspondiente que se ha generado y difundido.

De otro lado, aparte de que los cambios en la economía de Estados Unidos y del mundo están minando importantes elementos de la base material de la “moral tradicional”, incluso la “muerte del comunismo” y el “fin de la guerra fría”, acompañados del “adelgazamiento” de las fuerzas armadas estadounidenses, han profundizado la sensación de “inquietud” y “ansiedad” en Estados Unidos y han jugado un papel importante en el fraccionamiento o la “dispersión” de la “cohesión” de los preceptos ideológicos dominantes. Esta situación ha ejercido efectos contradictorios en la “moral tradicional”: en algunos sentidos la ha reforzado, en otros sentidos la ha socavado.

Por tanto, en Estados Unidos hoy, se han generado fuertes conflictos en torno a la “moral tradicional”, porque la clase dominante ha tenido que reafirmar de manera agresiva esta “moral tradicional”, aunque viene agudizando la contradicción con el rumbo que necesita asumir la sociedad para resolver sus problemas profundamente enraizados. De otro lado, aún no han surgido las bases para que una moral fundamentalmente distinta venza y supere esta “moral tradicional” en la sociedad en su conjunto. Durante un tiempo, esta contradicción se manifestará y seguirá manifestándose agudamente, a menos que se resuelva en un sentido completamente reaccionario mediante la imposición fascista de la “moral tradicional” desde arriba en un sentido global o en un sentido verdadera y plenamente revolucionario mediante un proceso transformador desde abajo que se una

con amplias capas de la sociedad para tumbar el orden existente y crear una sociedad radicalmente nueva con una moral radicalmente diferente. Por eso, el papel de la moral comunista y la contienda entre ésta y la “moral tradicional”, en sus diversas expresiones, son y seguirán siendo un ámbito crucial de contienda y lucha.

Así, es importante examinar las siguientes preguntas: ¿Qué base y papel tendrá la moral comunista si no hay y no puede haber ninguna moral universal y trascendental? ¿En qué se basa la ideología comunista y cómo aborda los grandes problemas y contradicciones que caracterizan la sociedad de hoy? ¿Cómo aborda la moral comunista “el bien y el mal” y la organización de la vida cotidiana sin recurrir a un ser sobrenatural que presida la vida humana?

La base de la moral comunista está concentrada en lo que los maoístas llaman “las 4 todas”, tomadas del resumen que hizo Marx de las metas y los objetivos de la revolución comunista: la supresión de todas las diferencias de clase (o “diferencias de clase en general”); la supresión de todas las relaciones de producción en que estas descansan; la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción; y la subversión de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales. (Véase “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”.) Ahí quedó establecido el principio fundamental de la moral comunista y el criterio para determinar si algo está de acuerdo con ella o va en su contra: todo lo que concuerda con las “4 todas” y contribuye a éstas es consecuente con la moral comunista; y lo que no, se opone a la moral comunista y es atacado por ésta.

Naturalmente, eso no quiere decir que cuando alguien que afirme ser comunista diga que está haciendo algo en pos de las “4 todas”, automáticamente será una manifestación y expresión de la moral comunista. Tampoco quiere decir que “todo vale” con tal de que se presente como una expresión de la “moral comunista” y como un paso en la conquista de objetivos comunistas. Si bien las “4 todas” establecen el criterio general para la moral comunista, su aplicación a diferentes circunstancias requiere un análisis concreto. Lo mismo se puede decir de toda moral (por eso, por ejemplo, es que hay tanto debate entre los defensores de la *Biblia* y la “moral tradicional” sobre su significado y aplicación en diferentes circunstancias).

Una de las principales acusaciones que lanzan los enemigos del comunismo es que los comunistas creen que “el fin justifica los medios”: que todo es permisible con tal de que se pueda decir que contribuye, a la larga, al comunismo. Eso no es cierto y es poner la verdad patas arriba. Uno de los principios de los comunistas es que los medios deben ser *consecuentes con* los fines (o metas) y derivarse de éstos. A menudo es necesario, y deseable, que los comunistas luchen por objetivos que no son los objetivos finales plasmados en las “4 todas”, puesto que contribuyen a éstas; pero jamás es aceptable que los comunistas defiendan y luchen por cosas, o que apliquen métodos, que se *oponen fundamentalmente* a la meta final. El comunismo exige la más resuelta y osada búsqueda

de la verdad, aunque a corto plazo inquiete, porque cuanto más se capte la verdad (cuanto más se tenga la comprensión más correcta y cabal posible de la realidad objetiva), tanto más será posible transformar la realidad en aras de la humanidad.

La verdad es que los explotadores burgueses son quienes defienden y aplican la idea de que “el fin justifica los medios”. Esto es especialmente patente en la clase dominante de Estados Unidos, cuyo “pragmatismo norteamericano” eleva a la categoría de principio filosófico el negar la verdad si no tiene utilidad práctica, y especialmente utilidad para defender su explotación y saqueo mundiales. Es precisamente con una filosofía como esa, al servicio de tal explotación y saqueo, que los fines y los medios se vuelven tautológicamente equivalentes: todo lo que fortalezca la posición de esa clase dominante y su capacidad de someter y oprimir, todo lo que aumente su acumulación de capital, es —por definición— verdad, bueno, justificado y virtuoso; y no hay verdad, bondad, justicia ni virtud aparte de eso o en oposición a eso. (“La belleza es verdad, la verdad es belleza; eso es todo lo que se sabe en la Tierra, y todo lo que necesitáis saber”, escribió equivocadamente el poeta Keats. La moral pragmática de la clase dominante estadounidense le da un giro perverso a eso, algo así: “Somos la verdad y la bondad, la verdad y la bondad somos nosotros; eso es todo lo que los necesitáis saber en la Tierra”). Si esa gente busca y descubre la verdad en cualquier cosa, no es por *principio* sino por pura casualidad, porque en ese instante particular la verdad resulta útil para sus fines.

Por esa mentalidad pragmática es que los representantes de la clase dominante estadounidense, incluso los que en privado son ateos o agnósticos, predicán la “moral tradicional”, la *Biblia* y la religión. Comprenden que es útil, de hecho muy importante, ideológica y políticamente para ellos, para reforzar su posición y para perpetuar su sistema. (¿Cuándo fue la última vez que un presidente estadounidense *no* concluyó un discurso con: “que dios les bendiga, que dios bendiga a Estados Unidos de América”?)

Eso hace recordar una escena de la película *Espartaco*, donde dos representantes de la clase dominante romana están conversando y uno le pregunta al otro: “¿No crees en los dioses?”, a lo cual el otro contesta: “En privado no creo en ninguno, pero públicamente creo en todos”. Eso expresa lo mismo que enunció Napoleón (quien en privado era un escéptico con respecto a la religión), al establecer un principio que las clases dominantes a lo largo de la historia han considerado útil: “La sociedad —dijo Napoleón— es imposible sin la desigualdad; la desigualdad es intolerable sin un código moral; y un código moral es inaceptable sin la religión”.

El comunismo, por el contrario, se basa en la premisa de que la humanidad ha alcanzado una etapa en que la desigualdad ya no es ni necesaria ni tolerable; de que para la humanidad será imposible avanzar a menos que suprima todas las desigualdades sociales; y de que para conquistar ese objetivo histórico se necesita un “código moral” completamente diferente —la moral comunista—, que define la lucha para acabar la desigualdad social y la opresión. De conformidad con esos principios, el comunismo

rechaza la idea y la justificación pragmática de que “el fin justifica los medios”; en su lugar, dicta que en la lucha por el objetivo final —representado por las “4 todas”— las metas y los métodos, el fin y los medios, que adoptemos *a cada paso a lo largo del camino* hacia la meta final estén en *unidad fundamental* con esa meta final.

Eso no quiere decir que todos los que se consideren comunistas siempre se hayan adherido a ese principio, ni niega que auténticos comunistas hayan caído en el pragmatismo y otras tendencias erróneas en diferentes momentos. Lo que quiere decir es que ese principio —la unidad fundamental, a lo largo del camino, entre el objetivo final y los medios comunistas— establece un criterio para librar y dirigir la lucha, y para distinguir entre el auténtico y el falso comunismo y otros principios y prácticas que se oponen a los intereses de la gran mayoría de la humanidad.

Además de reconocer este principio básico y su importancia central, se puede y se necesita discutir aquí (sin desmenuzar las diversas situaciones particulares) cómo se aplica este principio a los principales problemas sociales en el mundo actual. Veamos el problema de la política y el poder político. ¿Cómo y quién debe gobernar la sociedad? Otra de las grandes acusaciones contra los comunistas es que creemos y practicamos la dictadura. Eso es cierto; los comunistas decimos de frente que nuestro objetivo político inmediato es tumbar el sistema capitalista e imponer una dictadura, pero precisamente la dictadura del proletariado: el gobierno de la clase y las masas oprimidas que anteriormente eran explotadas, y la represión de la vieja clase explotadora y los nuevos explotadores y opresores que surjan.

Esa dictadura tiene dos diferencias esenciales a otras formas de poder político, a otros estados: primero, por primera vez en la historia, representa el gobierno de los que eran explotados y actúa en beneficio de las masas populares; segundo, y más esencial, el objetivo del estado proletario no es perpetuar el orden establecido sino seguir revolucionando, con la meta final de abolir todas las formas de explotación y opresión, así como todas las diferencias de clase (lograr las “4 todas”), y abolir toda forma de estado, toda forma de gobierno, que permita que un grupo de la sociedad domine a los demás. En lo que *no* se diferencia de otros estados es en que el estado proletario es una dictadura: la *dictadura* es la *característica esencial* de *todo* estado, admítalo o no, incluso del estado “democrático” burgués que existe hoy en Estados Unidos.

En Estados Unidos, y en todas las sociedades divididas en clases, *una clase* tiene una *posición dominante en la economía*; controla las fuerzas de producción, la tierra, la maquinaria y demás, y a las masas trabajadoras; y *sobre esa base controla las instituciones y aparatos políticos*, y *domina* las esferas de la *cultura y la ideología*. Como expresión concentrada de eso, tiene un *monopolio de las fuerzas armadas*, con las que impone su gobierno y reprime a quienes le amenazan. *Eso es dictadura*, aunque a los dominados se les permita votar sobre *cuál grupo de politiqueros* debe *administrar* la dictadura *en nombre de la clase dominante*.

Desde el punto de vista de los principios y la moral comunistas, la dictadura del proletariado es necesaria y buena, mientras que la dictadura de la burguesía es el obstáculo directo que impide la emancipación de las masas y el avance de la humanidad, y en ese sentido es “mala”.

Los comunistas luchamos por la igualdad entre las naciones, y entre el hombre y la mujer, pero *no* entre las clases. No puede haber igualdad entre clases, porque una clase u otra tiene que gobernar y organizar la sociedad conforme a sus intereses fundamentales, y solo por medio de la dictadura del proletariado se podrá, de una vez por todas, superar la división de la sociedad en clases. Esto ilustra de nuevo por qué no puede haber una moral trascendental, aplicable por igual a todos y en todos los tiempos, sin diferencias de clases. De la misma manera que no se puede practicar en una sociedad dividida en clases “el amor por toda la humanidad” (sin diferencias de clases), tampoco se pueden aplicar cosas como la “regla de oro”: si el proletariado “no hace” contra la burguesía lo que *no* quiere que la burguesía haga contra él (si el proletariado no tumba a la burguesía y ejerce su dictadura sobre ella), lo que sucederá en concreto es que la burguesía ejercerá su dictadura sobre el proletariado y explotará a las masas; y no se logrará abolir las diferencias de clase, la opresiva división de funciones y los antagonismos sociales.

Naturalmente, no basta con que una clase dominante (o su dirección política) *simplemente diga* que representa la dictadura del proletariado y que está gobernando en nombre de las masas; eso tiene que comprobarlo *en los hechos*, en la realidad concreta. Todos los órganos del poder y, en realidad, todo aspecto de la superestructura ideológica y política deben caracterizarse por la creciente participación consciente de las amplias masas; por la superación de la división entre el trabajo intelectual y el manual y de las otras grandes divisiones; y por el avance hacia la conquista de las “4 todas” en unísono con la lucha revolucionaria del proletariado y las masas oprimidas del mundo entero. Aquí se ve nuevamente el principio de unidad fundamental entre la meta final del comunismo y los fines y los medios a cada paso del trayecto hacia esa meta final.

Eso es lo que representó la Gran Revolución Cultural Proletaria de China: una “revolución dentro de la revolución” sin precedentes, librada por cientos de millones de personas contra las condiciones, relaciones, costumbres, hábitos y formas de pensar que obstaculizaban a las masas gobernar y transformar la sociedad, y contra las fuerzas sociales y políticas que reforzaban esos obstáculos.

Si bien la Revolución Cultural fue dirigida por Mao y sus camaradas revolucionarios del Partido Comunista, fue, como el propio Mao dijo, un gigantesco levantamiento *desde abajo*, y uno de sus más importantes objetivos fue desenmascarar los aspectos negativos del Partido y revolucionarlo como parte clave de la revolucionarización de toda la sociedad. Precisamente por eso la Revolución Cultural, y el papel de Mao, han sido desvergonzadamente tergiversados y calumniados por las fuerzas sociales y políticas reaccionarias que atacó: tipos como Deng Xiaoping y la clase dominante de Estados

Unidos y el resto del mundo imperialista.

Veamos otro problema específico que se destaca hoy de una manera aguda en Estados Unidos. ¿Cómo se aplican los principios comunistas y la moral comunista a la pena de muerte, a ejecuciones llevadas a cabo por el estado? Al igual que con la cuestión del poder político en general, los comunistas no analizan esto en abstracto, sino dentro del marco de una clase u otra y, fundamentalmente, con respecto a si contribuye a avanzar a las “4 todas”.

Los comunistas se oponen a que el estado burgués aplique la pena de muerte porque en la mayoría de los casos la aplicará contra los oprimidos y será un instrumento para reforzar su dictadura, robustecer su aparato represivo y crear un ambiente político más represivo que, repito, servirá principalmente para someter a los oprimidos y a los que se oponen al orden establecido. Eso se ve clarísimo cuando el estado burgués quiere ejecutar a su oposición política, y especialmente a los revolucionarios.

Por otro lado, los comunistas saben que bajo la dictadura del proletariado habrá que ejecutar a ciertos individuos, en particular a los representantes del viejo orden que han cometido atrocidades contra el pueblo, y que eso es algo positivo, pues ayuda a las masas a levantar la frente, a aplastar la vieja maquinaria estatal, a establecer y desarrollar sus propias formas y órganos de poder político, y a impulsar la transformación revolucionaria de la sociedad. Eso es muy importante cuando recién se establece la nueva sociedad, cuando el estado proletario empieza a consolidarse y la vieja maquinaria estatal de la burguesía, que por tanto tiempo ha sometido a las masas por medio de la intimidación y el terror, la cual se está aplastando y desmantelando. Esa posición diferente hacia la pena de muerte en dos sociedades completamente diferentes, bajo el gobierno de clases completamente opuestas, representa la aplicación consecuente de los principios comunistas, de su ética y moral.

Además, los principios y la moral comunistas no se oponen a la violencia ni a la guerra en un sentido general. Los comunistas se oponen a la violencia y la guerra *reaccionarias*, que en esta época se definen como las que contribuyen a que el imperialismo, la dictadura burguesa, y la explotación y opresión que son la esencia de ese sistema, sigan dominando.

Una de las cosas más notorias y repugnantes de la tan cacareada discusión actual de parte de los politiqueros y la prensa sobre la violencia y sus causas en Estados Unidos es el interminable debate de que el problema es la música rap y las películas, o el hecho de que los ciudadanos tengan rifles de asalto. Pero en ese “debate” se ignora el genocidio que cometen las fuerzas armadas con armas de destrucción masiva (que el presidente, los oficiales militares y otros representantes de la clase dominante justifican en sus discursos); ¡aparentemente, eso no promueve violencia! ¿Quién más que esos instrumentos y voceros de la clase dominante “enseña a nuestra juventud que la violencia

es la manera de resolver los problemas”, y para colmo, la violencia *reaccionaria*?

¿¡Qué quiere decir cuando esos politiqueros y cagatintas se lanzan a expresar su horror ante lo que ocurrió hace poco en Oklahoma City (la calamidad es real, pero la expresión de horror de esos politiqueros y otros es pura hipocresía), pero apoyan y corren a “venderle” al pueblo estadounidense el bombardeo de Irak, que causó destrucción y muerte de mucha gente, sobre todo de *niños*, a una escala por lo menos *mil veces mayor* que lo de Oklahoma City?!

En oposición a todo eso, los comunistas apoyan la violencia y la guerra *revolucionarias*, pues sirven para superar y eliminar el dominio imperialista, la dictadura burguesa, el capitalismo y demás formas de explotación y opresión, y para lograr finalmente las “4 todas”.

Al mismo tiempo, los comunistas se oponen a la venganza y a actos de violencia que sean contraproducentes a la realización de las “4 todas”, aunque se lleven a cabo contra miembros de las clases dominantes y explotadoras. Eso me hace recordar otra escena de la película *Espartaco*: en cierto momento, después de que Espartaco y otros gladiadores esclavos se han escapado, regresan al coliseo y varios de ellos empiezan a arrastrar a sus ex amos y capataces a la arena para obligarlos a *ellos* a “luchar hasta la muerte”. Pero Espartaco, su líder, lo impide, no porque simpatice con los opresores sino por el efecto que tendría en sus compañeros. Espartaco comprende que la violencia que él y otros esclavos desataron cuando se levantaron, y en las batallas que tuvieron con los ejércitos romanos, era necesaria y liberadora; pero esa “lucha hasta la muerte” en la arena no contribuye a su liberación, sino más bien la perjudica, pues *degrada* a los ex esclavos.

(El principio que rige aquí se aplica no solo a problemas decisivos, como la emancipación de los esclavos y la liberación de la mujer y de las naciones oprimidas, sino también a problemas como los tales “derechos de los animales”, algo que se ha vuelto bastante popular, especialmente en las capas privilegiadas de la sociedad burguesa. Si bien el concepto de “derechos de los animales” no tiene fundación, ya que el “derecho” es un fenómeno de la *organización social humana* y no tiene ningún significado aparte de las relaciones sociales humanas [¡aparte de los seres humanos, los otros animales no consideran el tema de los “derechos de los animales”!], sí hay que considerar el problema del efecto, en los seres humanos y en su sociedad, del tratamiento que se da a los animales, y por extensión, a las plantas y el medio ambiente.

Al igual que las demás especies, los seres humanos siempre han abordado y siempre abordarán todo —no puede ser de otra manera— desde el punto de vista de su especie. Pero precisamente desde ese punto de vista, el sufrimiento que les causan a los animales, o la destrucción de las plantas, que no tenga como motivo superar el sufrimiento humano ni hacer avanzar a la sociedad, que apenas sea una expresión de crueldad o de prepotencia, o cuyo único propósito excelso sea obtener artículos de lujo para las capas

sociales privilegiadas, parásitas e indulgentes, todo eso degrada a los seres humanos y por tanto hay que condenarlo.)

La moral comunista también se opone al consumo de drogas y alcohol cuando degradan física e ideológicamente, conducen a la violencia y al maltrato, así como al robo y hurto de los mismos oprimidos, porque todo eso fortalece al opresor, divide y desmoraliza a las masas, y hace más difícil que reconozcan sus verdaderos intereses y que se unan para luchar por ellos. Por otra parte, los comunistas no dejan de condenar y desenmascarar que la raíz de las contradicciones y antagonismos entre el pueblo es el sistema, sus relaciones sociales, sus instituciones e ideología; y los comunistas se oponen incansablemente a las maniobras de la clase dominante —que ha robado, masacrado, destruido en una escala masiva y constante, incluso con armas nucleares, para proteger sus intereses reaccionarios— cuando intenta aprovechar los actos de violencia y crimen entre el pueblo para robustecer su aparato represivo y seguir sometiéndolo de la manera más violenta y degradante.

En todo momento es necesario trazar líneas de demarcación entre el pueblo y el enemigo, y para hacer eso hay que distinguir entre qué clase representa las condiciones, relaciones, instituciones e ideas sociales que hay que barrer y, por otro lado, qué clase debe pasar a la posición dominante, y qué clases y grupos hay que ganarse para dar el próximo gran salto adelante para conseguir la liberación de las masas populares y lograr las “4 todas”. El objetivo estratégico debe ser unir a todos los que se pueda unir contra el verdadero enemigo. E incluso cuando hay que enfrentar al enemigo, es necesario actuar conforme a los intereses fundamentales del pueblo, y orientarse por los principios y la moral comunistas que representan la máxima expresión de esos intereses fundamentales.

Por ejemplo, en ninguna circunstancia se puede permitir la violación, no importa la procedencia de clase de la víctima ni lo que haya hecho. En el curso de la revolución, las masas tendrán que ajusticiar a quienes tienen deudas de sangre con el pueblo, pero la justicia revolucionaria jamás incluye la violación, pues la violación en sí es una expresión salvaje de la opresión y degradación de la mujer, y de por sí refuerza esa opresión y la opresión en general.

De igual manera, jamás se pueden aceptar ni tolerar ataques racistas contra gente de color, incluso contra funcionarios del estado burgués que han cometido crímenes contra el pueblo, porque semejantes ataques encarnan y perpetúan toda una historia de atrocidades, como los linchamientos y bárbaras matanzas a que han estado sometidos los negros (y otros oprimidos) desde que llegaron a las Américas como esclavos, y después bajo el capitalismo. Repito, una cosa es ajusticiar a cualquiera que ya ha cometido crímenes contra el pueblo, de cualquier clase o nacionalidad que sea, pero los ataques racistas jamás deben ser parte de la justicia revolucionaria, pues fortalecen a los explotadores y la opresión que representan.

Entre los principios comunistas está la meta decisiva de superar todas las desigualdades entre el hombre y la mujer, y entre diferentes pueblos y nacionalidades. El punto de vista y la metodología comunistas dejan en claro que la opresión de la mujer está inextricablemente ligada a la división de la sociedad en clases y a toda la explotación y opresión que la han acompañado por milenios, y que la abolición de esa explotación y opresión, y de las diferencias de clases en sí está inextricablemente ligada a la emancipación de la mujer. Mejor dicho, la emancipación de la mujer es una parte crucial de las “4 todas” y hay que evaluar todos los aspectos de las relaciones sexuales y familiares desde el punto de vista de su relación con esa emancipación. La moral comunista apoya todo lo que promueve la lucha por esa emancipación y se opone a todo lo que degrada a la mujer y fortalece su opresión de cualquier manera, ya sea la decadencia sexual de “fin de imperio” o la “moral tradicional”, la degradación de la pornografía o la de la *Biblia*.

De igual manera, si bien al llegar a la meta final del comunismo se habrán superado las hostilidades entre naciones, y la separación de la humanidad en naciones en sí, y se habrán reemplazado con la asociación cooperativa de todos los seres humanos, eso solo se puede lograr por medio de una lucha resuelta para lograr la igualdad entre naciones como un aspecto clave de la transición al comunismo. A la vez, la igualdad entre naciones (su aspecto más concentrado y decisivo) es el derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación y, en particular, la liberación de la gran mayoría de los pueblos del mundo, por todo el tercer mundo, sometidos a la dominación imperialista.

La moral comunista se opone a todo lo que defiende el predominio imperialista y la desigualdad entre naciones, como la discriminación contra los idiomas y culturas de las naciones oprimidas y minorías nacionales, y todas las ideas chovinistas de la superioridad de una nación sobre otra. Y la moral comunista apoya todo lo que promueve la unidad entre las masas populares de todas las nacionalidades sobre base de la lucha por la igualdad entre naciones, el derecho a la autodeterminación y la liberación de las naciones oprimidas.

Tanto el estudio de problemas sociales particulares, como la discusión sobre principios generales, ilustra que la moral comunista tiene una fuerte base y una aplicación concreta al mundo en esta época. Engels dice que por primera vez en la historia la sociedad humana —debido a las fuerzas de producción materiales— ha llegado a tal punto que hoy existe la base para que toda la humanidad (no un grupo pequeño y aislado como en otros tiempos) pueda trabajar en conjunto y satisfacer sus necesidades materiales y culturales, en un nivel ascendente, sin la división de la sociedad en clases, sin opresión y sin antagonismos sociales. Pero eso no es todo; además de demostrar que la división de la sociedad en clases y el monopolio de la riqueza y el poder y la vida intelectual en manos de un puñado no son necesarios, Engels puntualizó que constituyen “económica, política e intelectualmente una *barrera* levantada ante el progreso”. (*Del socialismo utópico al socialismo científico*, énfasis del autor.)

Por tanto, aunque la moral comunista, como cualquier otra moral, no es trascendental (en el sentido de que sea independiente de una base histórica y social y que sea aplicable a todas las épocas), *sí* tiene la calidad de universalidad para esta época: corresponde al salto que tiene que dar la humanidad en esta época y a los medios para darlo. La ideología comunista *no* es, como dicen sus enemigos, una “nueva religión” (aunque es cierto que los revisionistas la han tratado como tal y que los revisionistas que han llegado al poder la han degradado y convertido en algo como una “religión de estado”). Todo lo contrario, se basa en una metodología científica para el estudio de las fuerzas que operan en la naturaleza y la sociedad, señala el rumbo que debe de tomar la humanidad para comprender y transformar esas fuerzas naturales y sociales y, sienta sólidas bases materiales para los principios y la moral que corresponden al gran salto que la humanidad ha empezado a dar.

El comunista, dijo Mao, debe ser franco y honrado; debe luchar resueltamente por la revolución y ponerla por encima de su propia vida, subordinar sus intereses personales a los de la revolución y de las masas; en todo momento y lugar debe “adherirse a los principios justos y luchar infatigablemente contra todas las ideas y acciones incorrectas, a fin de consolidar la vida colectiva del Partido y la ligazón con las masas”; debe preocuparse más por el Partido y las masas que por ningún individuo, y más por los demás que por sí mismo. (Véase “Contra el liberalismo”.) Esa es, en esencia, la moral comunista en esta época histórica de transición de la época de la burguesía a la época del mundo comunista, de ruptura radical con las cadenas tradicionales, tanto materiales como ideológicas.

“¿Podemos ser buenos sin dios?” “Sí”, responde el comunismo. Esa pregunta fue el título de un destacado artículo (de Glenn Tinder) que publicó la revista *The Atlantic* (diciembre 1989); es una pregunta que se hace y se machaca hasta la saciedad en la sociedad contemporánea. En el artículo, y en general al plantear la pregunta, se remacha la tan cacareada “muerte del comunismo”. En cierta forma irónica y tergiversada, como que admite el hecho de que el comunismo ha representado, y sigue representando, la única esperanza para crear un mundo (real) en el que los seres humanos dejen de vivir empantanados en el estiércol del egoísmo competitivo y su equivalente intelectual, y en el que las relaciones mutuas no se basen en dominio, saqueo o violencia.

La respuesta a esta pregunta tiene dos partes: para empezar, *tenemos* que ser buenos sin dios si en realidad queremos ser buenos, por la sencilla razón de que dios *no existe*. Segundo, el significado esencial de “bueno” en esta época tiene que ver con la abolición de todas las relaciones de opresión y explotación, y de la división de la humanidad en clases antagónicas y en naciones. Una vez más, se trata de “las 4 todas” de la revolución comunista y es algo que no sólo se “puede” lograr sino que se “tiene” que lograr sin dios; mejor dicho, sin tener que crear en dios. Como dijo Mao: “La época en que la humanidad entera procede de manera consciente a su propia transformación y a la del mundo, será la época del comunismo mundial” (“Sobre la práctica”). Eso requiere conocer y relacionarse

con el mundo (el universo), los seres humanos y nuestra sociedad, tal como son, sin tener que inventarse uno (o más) dioses o fuerzas sobrenaturales de ninguna índole.

Con el comunismo se acabará el “pecado”. Si por “pecado” se entiende un desvío del camino de dios, entonces objetivamente no puede haber y nunca ha habido tal cosa, pues jamás ha existido dios. Además, cuando existan las condiciones materiales e ideológicas para que la humanidad entera proceda de manera consciente a su propia transformación y a la transformación del mundo, dejará de existir la base (subjetiva) para el “pecado”, porque ya no existirán ni la necesidad ni la base para creer en dios. De ahí en adelante, seguirán existiendo lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, en el sentido de lo que se ajusta y no se ajusta a la realidad objetiva, de lo que contribuye o no contribuye a transformar la necesidad en libertad y a incrementar la capacidad de la sociedad y de los individuos que la conforman de continuar su desarrollo omnímodo; pero dejará de existir la noción del “pecado”.

La noción del “pecado”, al igual que el concepto de la “naturaleza humana”, es otro ejemplo de algo que no es trascendental, inalterable e incambiable. Todo lo contrario; es algo condicionado por la historia y la sociedad, y es algo que se ve de una forma diferente en las diferentes épocas y diferentes sociedades, así como en los diferentes grupos sociales y clases de la misma sociedad. Aristóteles afirmaba que el concepto de felicidad no se aplicaba más a los esclavos que a los animales. Pero seguro los esclavos de ese entonces (si bien no los animales) no estaban de acuerdo con eso. Y en el pasado reciente, se puede decir sin duda alguna que los propietarios de esclavos de Estados Unidos y sus defensores, que tomaban como justificación esos argumentos de Aristóteles, veían “la naturaleza” de los esclavos, y de sí mismos, de una manera muy diferente a como la veían los esclavos.

Hoy, en la mayor parte del mundo, se ha dejado de considerar que la esclavitud es algo “natural”, que está de acuerdo con la “naturaleza humana”, pero eso se debe a cambios en las fuerzas productivas y a las correspondientes transformaciones en las relaciones de producción sociales, y no a cambios en la “naturaleza humana”. Quizá sea mejor decirlo como lo dijo Marx: que los cambios en la “naturaleza humana” son el producto de los cambios experimentados por las fuerzas sociales de producción y sus relaciones productivas, y de los concomitantes cambios en la superestructura política e ideológica de la sociedad (“toda la historia no es más que una continua transformación de la naturaleza humana”) (*Miseria de la filosofía*).

Sin embargo, hasta la fecha, a pesar de todos los cambios que se han producido en el modo de producción y en las relaciones sociales y de clases, persisten ciertas características generales de la “naturaleza humana”, que en un sentido fundamental no han cambiado en diferentes sociedades. Eso se debe precisamente a que esas sociedades han estado divididas en clases y a que un pequeño grupo o clase dominante ha monopolizado la vida económica y, por consiguiente, la vida política, cultural e

intelectual, aunque la *forma particular* de esa división de clases y monopolización en las diferentes épocas y tipos de sociedad ha variado. Por eso es que las “tradiciones” de las antiguas sociedades de clases pueden persistir y ejercer gran influencia en la sociedad contemporánea, pero eso envuelve profundas y agudas contradicciones, como el siguiente ejemplo: hoy, la mayoría de la gente que predica los valores bíblicos y la “tradición judeocristiana” considera “pecados” cosas como la esclavitud, el que el hombre posea más de una esposa (y concubinas), el que la mujer sea un premio de guerra y que sea víctima de una violación tumultuaria, así como la masacre despiadada de niños. Sin embargo, gigantes bíblicos como David y Pablo, y “el Señor” mismo, practicaron y/o predicaron una o más de esas creencias, que la *Biblia* no consideraba *pecados*, sino lo *contrario* del pecado.

Por eso, desde otro ángulo, es que los predicadores modernos de los “valores tradicionales” de la *Biblia* tienen que dar brincos mentales acrobáticos y ser “miopes”; y por eso también es que son necesarias desde un punto de vista histórico, y urgentes, las dos rupturas radicales de la revolución comunista.

En *The History of God* (La historia de dios), un libro que examina las religiones monoteístas más importantes —cristianismo, judaísmo e islam— y su desarrollo histórico, Karen Armstrong presenta el familiar argumento de que en toda la historia humana, desde las primeras sociedades humanas (incluyendo las sociedades comunales en las que no existían clases ni la opresiva división del trabajo entre la mujer y el hombre), se encuentran indicios de creencias religiosas, y que eso debe indicar que los seres humanos tienen un impulso religioso universal. Lo dice de esta manera: “El estudio que he realizado sobre la historia de la religión revela que los seres humanos son animales espirituales. De hecho, se puede argumentar que *homo sapiens* es también *homo religioso*” (“Introducción”, p. xix).

Al mismo tiempo, Armstrong reconoce que la religión es, y no puede ser de otra manera, pragmática: “Todas las religiones cambian y evolucionan; de no hacerlo se volverían obsoletas” (p. 84). Armstrong intenta resolver esa contradicción —¿que la religión supuestamente representa la palabra de dios (o dioses) que están más allá de la existencia humana y que no dependen de las relaciones ni convenciones sociales humanas, pero que tiene que cambiar o volverse obsoleta— planteando una esencia inefable de dios a la que la religiosidad humana se acerca, pero jamás puede abarcar ni comprender totalmente.

Pero como hemos visto, a lo largo de la historia y hoy mismo, los diferentes grupos sociales, las clases, tienen una concepción diferente sobre lo que es “natural” y lo que constituye “la naturaleza” de los seres humanos (por ejemplo, eso se ve en la manera radicalmente diferente que los propietarios de esclavos y los esclavos ven esa “naturaleza”); asimismo hemos visto que personas con diferente posición de clase interpretan la *Biblia* de maneras muy diferentes (por ejemplo el “evangelista cristiano” Jim Wallis por un lado, y el “evangelista cristiano” Pat Robertson). Además, y yendo más

a fondo, hemos visto lo que Engels indicó: que, por primera vez en la historia, la humanidad ha alcanzado el punto en que hoy es completamente innecesario que la sociedad siga dividida en clases, que eso es una *barrera* al desarrollo global de los seres humanos y de toda la sociedad, y que las creencias religiosas de todo tipo también se han vuelto *barreras* al desarrollo.

Engels dice que hasta este punto del desarrollo humano ha habido un “consenso general” entre los pueblos de la Tierra de que existen fuerzas sobrenaturales y dioses (o un dios), pero (Engels señala) eso no es prueba de la existencia de dios o dioses ni de una “necesidad interior” de los seres humanos de creer en dios. Más bien, es una manifestación del hecho de que, hasta la época actual, los seres humanos y la sociedad humana no habían llegado a donde fuera posible una concepción del mundo y una metodología científicas que permitieran conocer las fuerzas motrices de la naturaleza y de la sociedad (y de la gente). Pero, Engels señala, *ya se ha llegado a ese punto*: esa concepción y metodología ya existen, y están desarrollándose. Esa concepción del mundo y esa metodología son el comunismo marxista.

La propia Armstrong reconoce que sólo con los avances revolucionarios en la ciencia y la tecnología (y el correspondiente avance intelectual) relacionados con el ascenso del capitalismo, fue posible un ateísmo cabal. Así lo dice: “Hasta que se formó un conjunto de razones coherentes, cada una de las cuales se basaba en una multitud de verificaciones científicas, nadie podía negar la existencia de un dios cuya religión moldeaba y dominaba la vida moral, sentimental, estética y política de Europa. Sin ese respaldo, cualquier rechazo de dios sólo podía ser un capricho personal o un ímpetu pasajero que no merecía seria consideración” (p. 287). También reconoce que es necesario hacer esta pregunta: “¿Cómo sobrevivirá la idea de dios en el futuro? Por 4.000 años se ha adaptado a las exigencias del presente, pero en nuestro siglo cada vez más gente se ha dado cuenta de que no les es útil, y cuando las ideas religiosas dejan de ser eficaces se desvanecen” (p. 377). Sin embargo, Armstrong no puede abrazar la idea de un futuro en el que no existan la necesidad ni la base de la religión, y en el cual la idea misma de dios no pueda ser más que “un capricho personal o un ímpetu pasajero que no merece seria consideración”.

Armstrong expresa la muy común opinión de que si los seres humanos rechazan la religión, rechazarían algo esencial, algo existencial. Otra de las importantes críticas (o tergiversaciones) del comunismo es que encarna una especie de acercamiento mecánico y frío a la existencia y al papel de los seres humanos en ella. Eso se debe a una confusión, ya sea deliberada o no, del materialismo marxista con el materialismo común, o sea, la identificación del “materialismo” con el consumismo y el afán de riqueza material, como dice Jim Wallis en *El alma de la política* o las Encíclicas papales y otros escritos religiosos. Pero el materialismo *marxista* es algo fundamentalmente diferente; de hecho, la burguesía y la sociedad burguesa es la que se caracteriza por un constante e implacable impulso de adquirir más y más riqueza material a expensas del sufrimiento humano; a eso se debe en gran medida el pesimismo sobre la “naturaleza humana” tan difundido en las

sociedades capitalistas. El marxismo traza el camino para crear condiciones en que “el amor al dinero” y el dinero mismo dejarán de ser factores motivadores, y en que se abolirán todas las relaciones humanas de inequidad y enajenación, que son una inevitable expresión concentrada del dinero.

Como señaló Engels, lo fundamental del materialismo marxista es la relación entre el pensar y el ser: el marxismo reconoce que toda la existencia consta de materia en movimiento, que puede existir en una variedad infinita de formas; que la materia como tal no tiene ni principio ni fin, que ha existido infinitamente, que se está transformando constantemente y que *formas particulares* de materia en movimiento nacen y dejan de existir; que el mundo material (el universo) es la fuente y la base para verificar todas las ideas, y que la mente y sus procesos de pensamiento son una forma particular de la materia en movimiento (procesos químicos y electrónicos del cerebro, etc.).

Aplicado a la sociedad humana y su recorrido histórico, el materialismo marxista aclara que la estructura fundamental de toda sociedad humana es una comunidad de personas para producir y reproducir su existencia material, y que para hacerlo contraen determinadas relaciones necesarias para llevar a cabo la producción; que en todo momento dado esas *relaciones de producción* se basan y corresponden al nivel de desarrollo y el carácter de las *fuerzas productivas* (la tierra, maquinaria y otros instrumentos y medios de producción —la tecnología— y, sobre todo, las personas con sus conocimientos y habilidades para llevar a cabo la producción); y que sobre el *modo de producción* (las relaciones de producción, basadas en las fuerzas productivas) se levanta la correspondiente *superestructura* política e ideológica (instituciones políticas, expresiones culturales e intelectuales, etc.).

Además, el marxismo demuestra que las fuerzas productivas experimentan constantes avances y transformaciones revolucionarias, al mismo tiempo que las relaciones de producción (y en un sentido global, las relaciones sociales y de clases), dentro de las que se dan esas transformaciones, tienden a ir a la zaga del desarrollo de las fuerzas productivas; y que cuando esa contradicción alcanza el punto en que las relaciones de producción (y su correspondiente superestructura política e ideológica) han entrado en antagonismo con el desarrollo de las fuerzas productivas —cuando se han convertido en barreras a su desarrollo, en vez de permitir su progreso— estalla una época de revoluciones.

Desde que surgieron las clases, a partir de las sociedades comunales, esa transformación se ha dado por medio de la lucha entre clases; y en cada etapa se ha concentrado en la lucha entre la clase que representa las *viejas* relaciones de producción (y superestructura) y ha pasado a ser el *obstáculo inmediato* al salto necesario para el desarrollo de las fuerzas productivas, por un lado y, por el otro, la *clase naciente* que representa las *nuevas* relaciones de producción (y superestructura) capaz de superar ese obstáculo y liberar a las fuerzas productivas.

Finalmente, el marxismo aclara que por medio de este proceso y toda la historia de la lucha de clases, la humanidad ha llegado al punto en que el proletariado —la clase de la sociedad capitalista contemporánea cuya explotación es la base de la acumulación capitalista— puede transformar, al sublevarse y tumbar del poder al capital y destruir sus cimientos, de una manera revolucionaria la sociedad y el mundo, y acabar con toda la explotación, opresión y la división en clases antagónicas. El propio Marx lo dijo de esta manera: “Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la *existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción*; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la *dictadura del proletariado*; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la *abolición de todas las clases* y hacia una *sociedad sin clases*. . .” (carta a Joseph Weydemeyer, 5 marzo 1852, énfasis en el original).

¿Podría haber algo más grandioso, más inspirador? El marxismo rechaza el *idealismo filosófico* —esa noción (que reviste muchas expresiones) de que en la relación entre el pensar y el ser, el primero es decisivo y determinante— porque el idealismo filosófico representa una inversión de la verdadera relación entre el ser y el pensar e implica una distorsión y confusión fundamental de las verdaderas fuerzas motrices de la gente, la sociedad, la naturaleza, y la relación entre ellas. Pero el comunismo marxista es capaz de motivar con la visión y los ideales más excelsos, y de llevar a forjarlos en los hechos, precisamente porque se basa en una comprensión correcta, profunda y en constante desarrollo del mundo.

El comunismo —el verdadero comunismo de Marx, Lenin y Mao, y no el “comunismo” muerto de Jrushchov, Brézhnev y Deng Xiao-ping— no agobia el “espíritu humano”, la imaginación y la meditación sobre cosas que en cualquier momento dado son fuente de misterio y asombro; todo lo contrario: les da alas. El comunismo rechaza la idea de que el misterio y el asombro sólo se deben identificar con cosas que no se pueden comprender; que la suprema expresión de lo misterioso y lo asombroso sea la creencia en una esencia inconocible e inexpresable más allá de la realidad material; que debemos borrar la diferencia entre la imaginación y la realidad objetiva, y pensar que las fuerzas y seres sobrenaturales que los propios seres humanos han creado en su imaginación son verdaderas, y deben gobernar y controlar nuestra existencia.

En la introducción (p. xxi) de *A History of God*, Armstrong comenta que “en toda la historia, los hombres y las mujeres han vivido una dimensión del espíritu que parece trascender el mundo terrenal. De hecho, una característica imponente de la mente humana es su habilidad de concebir conceptos que lo trascienden”. Así es. Sin embargo, Armstrong concluye, en efecto, que esa “característica imponente” será constreñida si no

tiene una expresión religiosa. En ese sentido, compara el papel del arte con la religión. La religión y el arte, afirma: “No operan como la ciencia” (p. 306). Eso es cierto, y es una importante diferencia.

A diferencia del arte y la religión, el propósito y objetivo de la ciencia es descubrir y explicar por qué las cosas son como son y la dinámica de cómo cambian. Si bien la ciencia debe abarcar la imaginación —la mejor ciencia es imposible sin desencadenar en gran medida la imaginación— su principal objetivo es descubrir lo desconocido, transformar lo misterioso en algo que se pueda comprender, explicar y demostrar. Por otro lado, la religión y el arte tienen la función de presentar las cosas en un plano “más alto que la vida cotidiana”; no buscan simplemente explorar y representar la realidad tal y como es, sino más bien extrapolar y crear seres y acontecimientos que *sólo existen en la imaginación*, pero en los cuales debemos creer como si *existieran de veras*.

Es importante reconocer esta identidad entre la religión y el arte, pero es más importante comprender su diferencia. El arte exige aceptar voluntariamente que cosas que no existen y no son reales, existen y son reales, pero lo hace de una forma *limitada y relativa*, sólo en relación con la obra de arte en sí. La religión, sin embargo (y las obras de arte religiosas), exige que se acepte en serio que las representaciones fantásticas de seres, cosas, sucesos y fuerzas existen, cuando no es cierto. Naturalmente, ciertas formas y obras de arte (los documentales, por ejemplo) presentan sucesos y personas reales, aunque su objetivo es presentarlos en un plano “más alto que la vida cotidiana”. En esos casos, la obra de arte comparte con la religión el hecho de que le pide al público que acepte que está representando seres, sucesos, etc., que sí existen. Pero la *diferencia* es que si bien eso es cierto de una obra de arte, *no* es cierto de los seres y fuerzas sobrenaturales que la religión representa como si de veras existieran, y como si debieran gobernar nuestra existencia.

Si a la religión se le viera con el mismo cristal con que se ve el arte y con las mismas expectativas y requisitos; si permitiera y aconsejara ver que sus fantásticas creaciones no son verdaderas, dejaría de ser dañina y de ser un obstáculo al desarrollo de la humanidad. Pero dejaría de ser *religión*. En esta época de transformaciones histórico-mundiales y en el futuro, la humanidad jamás descartará la imaginación y el arte; pero descartará la religión, y eso la ayudará mucho.

Durante todo el proceso histórico-mundial revolucionario que reemplazará la época de la explotación burguesa con la época de la emancipación comunista, será necesario e importante unir a todos los que se pueda unir; eso incluye a los que conservan creencias religiosas pero están dispuestos a luchar al lado de los oprimidos y apoyarles y darles asistencia cuando se levanten contra el sistema que los oprime. Será necesario unirse con todos los que tienen más en común con los intereses de los oprimidos que con los de los opresores y el sistema contrarrevolucionario que quieren imponer. Pero en la lucha para forjar esa unidad, aunque se respetará el derecho a tener creencias religiosas y se admitirá

que, en última instancia, el rechazo de todas las ideas retrógradas tiene que ser un acto consciente y voluntario, también será necesario y decisivo luchar por establecer el papel dirigente de la única ideología cabalmente científica y completamente liberadora: el comunismo.

La revolución comunista y el mundo comunista que ésta creará estimularán el arte y la imaginación —el “espíritu humano”— como nunca antes, sobre una base más sólida y a un nivel superior que en cualquier otra época de la historia, y además le quitará los grilletes de la religión y la superstición. Como proclama *La Internacional*: “al mundo siervo liberar” y le permitirá ascender a nuevas alturas, jamás vistas y jamás imaginadas. Eso lo logrará la gran mayoría de la humanidad a medida que luche consciente y voluntariamente para transformarse a sí misma y al mundo objetivo y, en última instancia, a toda la humanidad.

Como escribí en otra ocasión cuando reflexionaba sobre mi experiencia en el Movimiento pro Libertad de Expresión y sobre las lecciones de “los años 1960”: Cuando Mao Tsetung exhortó a unir el romanticismo y el realismo revolucionarios en el arte y demás ámbitos, estaba rechazando las tendencias materialistas mecánicas y estaba hablando de la necesidad de inspirar al pueblo con la visión más elevada, y de hacerlo de maneras que desencadenen la imaginación y que den un conocimiento muy profundo de la realidad y de los medios para revolucionarla.

La revolución comunista da la mayor expresión a las siguientes palabras del “Maravilloso Randi”, mago y refutador de “Psíquicos, percepción extrasensorial, unicornios y otros engaños”:

“La parasicología es una farsa y un engaño, al igual que lo son otras afirmaciones de maravillas y poderes que nos abruman a diario. Saber lo que sé y tener las opiniones que tengo no ha vuelto para mí el mundo algo menos emocionante, maravilloso ni desafiante, ni tampoco debe hacerlo para ustedes. Todo lo contrario, el saber que estar aquí en el mundo no se debe a un misterio ni a razones sobrenaturales, y que no nos protegen poderes o seres desconocidos; el saber que eso es el producto de millones de experimentos que están evolucionando y no el producto de semillas dejadas aquí por extraterrestres. . . . Eso, para mí, es *muy* emocionante.

“La necesidad ha predominado demasiado tiempo como Emperador de la Mente. Miren las cosas con claridad. ¡El Emperador no tiene traje!”

De la contraportada de la edición en inglés:

La realidad detrás del libro del ideólogo conservador William Bennett titulado El libro de las virtudes... Un análisis provocador de las limitaciones de la “teología de la liberación”... La moral desde una perspectiva revolucionaria...

¿Cómo es el pensamiento ético en una época de fragmentación social y globalización imperialista? Bob Avakian sostiene convincentemente que la moral tiene que estar ligada a una visión de una sociedad buena, una sociedad libre de explotación y de toda forma de dominación. Y la moral tiene que ver aún más con lucha para crear tal sociedad. Avakian señala el camino hacia lo que algunas personas dudan que sea posible: una ética materialista. Como en el caso de Mao, éste es un marxismo que se propone hacer un análisis social claro y sistemático, pero no ‘frío’... o sea, un marxismo con corazón.

— Bill Martin, profesor adjunto de Filosofía, Universidad DePaul, Chicago,
autor de *Humanism and its Aftermath*

Para este clérigo que ha luchado con la relevancia de la fe bíblica frente a las crisis de nuestra sociedad, esta crítica que hace Bob Avakian es un reto urgente. Su análisis muy pensado subraya la urgencia de reconocer la superficialidad de nuestro conocimiento y la inutilidad de gran parte de nuestros esfuerzos por trabajar para una sociedad justa. Este libro vital tiene mucha profundidad y dice muchas verdades que aquellos que tenemos fe religiosa debemos oír y a las que debemos responder.

— Reverendo George W. Webber
profesor de Ministerio Urbano y presidente emérito
Seminario Teológico de Nueva York

Bob Avakian es el presidente del Partido Comunista Revolucionario, Estados Unidos